

**REVISTA**  
**DEL**  
**INSTITUTO NACIONAL**  
**DE LA**  
**TRADICION**

**AÑO I - ENTREGA 2a.**

**JULIO-DICIEMBRE DE 1948**

---

**BUENOS AIRES**

C O N T E N I D O

	Pág.
<b>I. INVESTIGACIONES Y ARTICULOS GENERALES</b>	
<i>El viejo arte popular de la randa</i> .....	161
MARÍA DELIA MILLÁN DE PALAVECINO	
<i>La polifonía popular de Venezuela</i> .....	168
LUIS FELIPE RAMÓN Y RIVERA	
<b>II. MATERIALES Y DOCUMENTOS</b>	
<i>Cuentos de la tradición oral argentina</i> .....	209
ALBERTO CARRIZO Y JESÚS MARÍA CARRIZO	
<i>Cantares de la tradición bonaerense</i> .....	258
Contenidos en dos cuadernos manuscritos pertenecientes a don JUSTO P. RODRÍGUEZ	
<i>Adivinanzas ecuatorianas</i> .....	295
JUSTINO CORNEJO	
<b>III. MISCELANEA</b>	
<i>San Antonio, sus devociones y milagros</i> .....	357
VIRGINIA R. RIVERA DE MENDOZA	
<b>IV. INFORMACIONES</b> .....	368

OBRAS EDITADAS POR EL INSTITUTO

<i>La Décima en México</i> , por VICENTE T. MENDOZA.	
683 pp. Buenos Aires, 1947 .....	\$ 15.—
<i>Revista del Instituto Nacional de la Tradición.</i>	
Año I, Nº 1. Enero/junio 1948. 160 pp. ....	\$ 5.—
Año I, Nº 2. Julio/diciembre 1948. 212 pp. ....	\$ 8.—

## II. MATERIALES Y DOCUMENTOS

### CUENTOS DE LA TRADICION ORAL ARGENTINA

Recogidos en la provincia de Catamarca por  
ALBERTO CARRIZO y JESUS MARIA CARRIZO

Notas por  
BRUNO C. JACOVELLA

Esta segunda serie de cuentos directamente recogidos de la tradición oral hállase acrecentada en modo considerable por un valioso aporte que permanecía inédito desde hace unos 15 años: "Cuentos de Alpatauca", colección de cuentos folklóricos anotados en la localidad de San Antonio de Piedra Blanca (Depto. Fray Mamerto Esquiú, provincia de Catamarca) por Alberto Carrizo, cuyos originales fueron presentados en 1936 a uno de los concursos regionales de la Comisión Nacional de Cultura, que otorgó a la obra una "Mención Especial", y los cuales en ningún momento llegaron a imprimirse. La colección de Alberto Carrizo contiene 63 piezas entre cuentos y chistes, muy desiguales en lo que se refiere a su integridad, pero todos bastante bien narrados y sin interpolaciones personales, salvo escasas excepciones; no cabe decir lo mismo del lenguaje y el estilo, en que el recopilador metió mano con alguna liberalidad, aunque debe tenerse en cuenta que, siendo hombre del lugar y con salientes dotes naturales de narrador, no obstante la educación adquirida, su intervención no puede mirarse como enteramente extraña. Completan la colección algunas referencias a piezas análogas publicadas en España e Hispanoamérica y breves notas al pie de la página que explican voces regionales. Aquí, siguiendo la norma adoptada, se han eliminado tales referencias eruditas, que es preferible pasar por alto si no existe la mínima posibilidad de agotarlas virtualmente, máxime contándose ya con el *Indice* de Aarne-Thompson; y en cuanto a las notas lexicográficas, se las ha ampliado y ajustado en la proporción de lo conveniente, sobre todo por haberse advertido las insuficiencias de los vocabularios actuales de regionalismos, inclusive el contenido en el Diccionario de la Real Academia Española, cuyos defectos tienen traza de perdurar indefinidamente si nadie pone mano de una vez en remediarlos.

Todas las versiones, pues, que se dan como registradas en San Antonio de Piedra Blanca pertenecen a la colección de Alberto Carrizo, de la cual se han escogido para reproducir aquí los cuentos inexistentes en el archivo del Instituto y aquellos otros que, comparados a los análogos existentes en el mismo, muestran mayor integridad o lozanía. Por estas razones también, y las expuestas en el número anterior, se han incluido cinco piezas que pertenecen a la colección inédita del Consejo Nacional de Educación. Los demás cuentos fueron anotados por don Jesús María Carrizo, recolector del Instituto, en los lugares de la provincia de Catamarca que en cada caso se indican.

## 1

Este “cuento de adivinanzas”, del que existen muchas versiones en el archivo del Instituto y la colección del Consejo de Educación, como que su difusión es poco menos que mundial, lleva el número 851 en el *Índice* de Aarne-Thompson.

## 1. LAS ADIVINANZAS

Había una señora que tenía un hijo tonto, y crió una perra. La perra se llamaba Rita, y era la Rita todo su querer.

Una vez, el tonto oyó decir que en tal reinado *iban* a haber adivinanzas, y que la hija del rey era muy despierta, y que nadie le ganaba en descifrarlas. Se entusiasmó el tonto, y se fué; y la vieja le había preparado una torta para el avío; la torta era envenenada, para que coma éste y se muera antes que el rey lo haga matar. También le había puesto un libro en el bolsillo para que oiga misa cuando haya dónde.

En el camino, en lugar de comer la torta, el tonto comenzó a desmoronarla y tirarle a la perra. Claro, la perra no *andó* mucho trecho y cayó muerta. La carnea, y se interna al desierto con la carne al hombro.

Va por ahí, y se da con siete ladrones. Le quitan al tonto la carne, porque el tonto le dijo que era de majada, la asan, la comen, y mueren envenenados todos.

Los ladrones tenían siete escopetas; de las siete escogió la mejor el tonto, y le tiró un tiro a una corzuela, pegándole a una que estaba preñada y que no era la que él tomó como blanco; le saca los nonatitos y, como no tenía leña para asarla, con el libro que llevaba, le prende fuego a las hojas y los asa.

Le vino muchísima sed, y quiso la suerte de encontrar un caballo muy sudado; se pone y le chupa el sudor, y sació su sed. Más allá encuentra un río crecido que llevaba un caballo muerto, encima del cual iba un carancho comiéndolo. Lo pasó, y llegó a las adivinanzas. Si es que la princesa no le adivinaba, se casaría; pero si no, le matarían.

Y, arrastrando las patas, entra el tonto adonde ella estaba, y comienza:

“Torta mató a Rita,  
Rita mató a siete.  
De las siete escogí la mejor.  
Tiré a la que vide,  
y maté a la que no vide.  
Comí carne no nacida  
asada en palabras de Dios.  
Tomé agua no nacida ni vertida.  
Vide un muerto cargando un vivo”.

La princesa buscaba y buscaba la respuesta de la adivinanza, y al no poderla descifrar, puesto que ni en libros estaba, tuvo que casarse con el tonto.

*Dictado por don Gabino López, en San Antonio de  
Piedra Blanca.*

## 2/11

Los diez relatos siguientes pertenecen al tipo de los llamados “animistas” en el número anterior, para diferenciarlos de los mágicos, que ocupan todo el capítulo A de la Sección II del *Índice* de Aarne-Thompson. Los caracteres esenciales de estos relatos, aun poco investigados en el Folklore no obstante su notoria difusión, échanse de ver en seguida que se trata de conocimiento con ellos: a) la naturaleza de sus personajes y hechos no es fabulosa, como en los cuentos mágicos, sino sobrenatural y demoníaca, y nadie pone en duda su realidad efectiva; b) poseen una función ejemplarizadora, más religiosa que meramente moral; y c) tal función ejemplarizadora se ejerce vívidamente mediante perennes terrores (por eso también reciben la denominación común de “cuentos de espanto”). Las determinaciones históricas que circunscriben con frecuencia estos relatos inclinan a veces a considerarlos como “casos supersticiosos”, pero el discernimiento final sólo puede llevarse a cabo tras la compulsión de varios centenares de piezas de distinta procedencia, a fin de establecer si se está ante especies, o “tipos”, virtualmente universales, y con variantes locales, o bien ante especies locales derechamente, sin más universalidad que la genérica de una similitud de personajes o “moralejas”. Por lo pronto, en el *Índice* de Aarne-Thompson se registran al menos tres de estos relatos: los que llevan los números 363, 365 y 366. En los demás *Índices* de las FFC aparecen muchos más, bajo el título de *Sagen*, “leyendas” (no cristianas).

## 2/3

Estos dos relatos pertenecen al ciclo de la curiosidad castigada. Del primero no se ha podido hallar antecedentes. El segundo, en cambio, es común en España, y fué registrado también en Portugal, Brasil y Córcega. Lleva el N° 836\* F en el *Índice de Cuentos Populares Españoles* de Ralph Steele Boggs (FFC., N° 90. Helsinki, 1930); ver también *Cuentos Populares Españoles* de Aurelio M. Espinosa (t. II, pp. 368/370. Madrid, 1947). En la Colección del Consejo existe una versión procedente de 25 de Mayo, Mendoza.

## 2. EL CURIOSO

En una población había un hombre muy curioso, y quería saber qué conversaba de noche un matrimonio. Y una noche dispúsose de ir a sentirlos, y así sucesivamente repitió muchas veces, hasta que en una de éstas, cerca del día, cuando quiso irse, una calavera se le subió al hombro. Al sentirla, le ordenó que se bajase, y así lo hizo aquélla, pero continuó siguiéndolo.

Horrorizado de esta constante compañía, comenzó a ir a misa muy seguido; y el cura, en una confesión, le dijo lo que era menester hiciera para librarse de ella. Aconsejóle ir a una finca muy grande de frutales que había en las cercanías, y que de entre éstos eligiera el árbol más alto que estaba tachonado de frutas, y voltease las que más pudiera para distraerla.

Así lo hizo, pero en una de éstas la calavera le ordenó bajarse, jurándole que si se subía más arriba lo comería. El hombre le contestó que tuviese paciencia, que ya se bajaría, pero que le diese lugar a cortar la última fruta; y cuando para esto hizo el tranco, desde el cielo bajó un cordón y lo levantó.

Disgustada la calavera, y culpándole al cura la desaparición de aquél, se fué derecho a la iglesia en su búsqueda, transformada en mujer, a la cual, como era tan hermosa, todos le daban lugar, hasta que se puso bien cerca del altar donde se hallaba el cura celebrando.

Por ahí, al distinguirla, el cura comenzó a mirarla muy seguido, y aquella mujer también, cada vez más con ojos horrorosos, tanto que pronto comprendió que se trataba de la calavera que seguía al joven que él confesó, y que seguramente ya se había salvado: por eso andaba en busca de él para vengarse.

Nuestro Señor, que muy bien sabía el peligro en que se hallaba el cura de que en un momento lo comiera, envió una paloma, la más ligera que tenía, llevando un cordón. Esta paloma se posó en el altar y comenzó a medirlo en cruz.

Esto nomás había distinguido la mujer, que era el diablo en persona, que pegó un reventón espantoso y desapareció, salvándose de esta manera el joven y el cura.

*Dictado por Nicolasa Quiroga, de 12 años de edad,  
en San Antonio de Piedra Blanca.*

## 3. LA CURIOSA

Era una niña muy curiosa, que al sentir el menor ruido ya salía a la puerta a ver qué pasaba, así sea cualquier cosa.

Una noche, después de las doce, sintió un ruido; se asomó a la ventana y vió venir una majada de cabras y al pastor, que se acercó y el cual le dió a guardar un paquete, pidiéndole lo conserve bien hasta el otro día a las doce de la noche, que vendría a llevarlo y encareciéndole que no lo vea.

Ella lo desenvolvió de puro curiosa, y se dió con una calavera que echaba fuego por la boca, ojos y nariz.

Al alba, fué a confesarse, y el sacerdote, después de aconsejarla, le dió muchos rosarios y medallas, para que cargada con ellas estuviera esperando la hora del regreso del pastor; y le ordenó estar en la ventana a esa hora rezando el Credo y diciendo la siguiente jaculatoria: "*Jesús, José y María*", porque las cabras eran los condenados, y el pastor el diablo, y tenía el propósito de llevarla *porque a todo curioso lo lleva el diablo*.

La curiosa cumplió lo ordenado por el sacerdote. Cuando sintió el ruido de las cabras, se asomó a la ventana, y el diablo, que quería apoderarse del paquete, le dijo que no podía por las reliquias que cargaba ella. Pero como tenía que llevarse el paquetito, el diablo, en un descuido de la curiosa, se lo quitó de las manos, quemándole las yemas de los dedos. El diablo reventó y le dijo: "Agradece a las medallas que no te llevo a los infiernos por curiosa".

*Dictado por Adela Aguilar Sánchez, en Chaquiago (alto), Andalgalá.*

## 4/6

Los tres relatos siguientes pertenecen al ciclo de la infracción al tercer mandamiento: santificar las fiestas. El que lleva el N° 6 es de la Colección del Consejo Nacional de Educación. Tampoco de éstos ha sido posible traer a colación antecedentes.

## 4. EL ENAMORADO

Había un hombre muy enamorado, a quien ninguna niña le llevaba el apunte en esa población; así que un día se dispuso ir a buscar alguna muy lejos.

Por ahí había llegado a una casa muy hermosa, toda blanca; pero antes de llegar distinguió una niña muy hermosa, de quien quedó encantado, tanto que por hablarla pretextó pedir agua. Así lo hizo, y le manifestó su cariño inmenso, y aquélla le repuso que estaba muy bien, pero que volviese para que conversasen al siguiente domingo. El se fué a la casa, y no veía las horas que ese día llegase; fué por fin, y la niña lo recibió muy bien. Entonces, combinaron para el domingo siguiente el casamiento.

Ensilló el joven el mejor caballo que tenía, se puso la mejor ropa, y se fué. Ella le dijo que la esperase un poco hasta que se pusiese el mejor traje que tenía,

y también que no iría sino en ancas de su animal. Pusiéronse entonces cerca de una piedra, y empezó ella a saltar mientras el animal se desesperaba de horror; a los tres saltos recién pudo subir, pero sucedió que, en lugar de ser la misma niña, se transformó en un chanco, que cayó al suelo y lo sacó corriendo desesperadamente al joven, hasta que le hizo perder todas las pilchas del apero. Viéndose en esta situación el joven, encontró un árbol al cual se subió, mientras el chanco continuaba su carrera; ya cuando lo extrañó, volvióse, y al encontrarlo le dijo que se bajase porque si no iba voltear el árbol, y aquél le contestó que no se bajaría.

Entonces el chanco empezó a cavar el árbol pretendiendo voltearlo de raíz; y en este trance fué que llegó un viejito buscando leña, y lo encontró al joven. Entonces, el viejito volvió a la ciudad buscando quien viniera a salvarlo; unos curas se ofrecieron, y cuando con el viejito se acercaron adonde se hallaba el joven, precisamente, el árbol se desplomaba. Viendo que no podía hacerle nada, el chanco le dijo al joven: "Agradece a esos curas que no te comí", y, pegando un reventón, desapareció.

*Dictado por Nicolasa Quiroga, de 12 años de edad.*

## 5. LA CUMITA

En una población vivían en años atrás dos niñas entraditas en edad, cuyo oficio era *tisar* <sup>(1)</sup> e hilar algodón. *Tisaban* e hilaban en la rueca y en el torno, y este hilo compuesto así lo entregaban a sus dueños para que hicieran los géneros. De manera que siempre vivían afligidas por dar cumplimiento a tanto trabajo.

Como tenían un aposento lleno de algodón, se hallaban una noche *tisando* empeñosamente, cuando, asombradas, sienten que llamaban a la puerta; y sin aguardar más, una voz les dice: "*Cumita* <sup>(2)</sup>, ábrame la puerta". No querían al primer toque atender, mas cuando se dieron cuenta de que se trataba de una voz femenina, abrieronle, y se dieron con una niña vestida de negro, que les repetía: "He venido, *cumitas*, comprendiendo lo atareadas que están, a ayudarles a *tisar*".

La hicieron pasar, y en rueda, silenciosamente, *tisaban* el algodón, cuando, como a las doce de la noche, las niñas se miraban unas a otras, admiradas de ver la velocidad con que aquélla *tisaba*, pues ya tenía una enorme cantidad compuesta, tanto que las semillas parecían taparla.

Por ahí, antes del primer canto de los gallos, habló la misteriosa niña, diciendo con imperio: "Dénme de comer, tengo hambre".

Las niñas, como eran pobres, y ese día habían recogido bastantes duraznos, no tuvieron más que ofrecerle. Si era ligera para *tisar*, mucho más ligera era para comer, pues que en un momento les limpió el canasto. Y acercándole otro más chico también con frutas, se lo comió en la misma forma. Luego, con una voz potente, les dijo: "Ya es hora de que me vaya". Y tomó la calle solitaria.

(1) *Tisar*: Cardar (del q. *ttisay*, con igual significado).

(2) *Cumita*: Dim. de *cuma*, apócope, a su vez, de comadre.



Esa noche, las niñas no habían pegado los ojos de sólo horror, y se veían entre la espada y la pared para aceptarla otra noche a pesar de que ella se ofrecía.

Vuelve de nuevo a la siguiente noche la *cumita* misteriosa. Entonces, estas niñas, sabiendo lo insaciable que era para comer, la aguardaron con más duraznos y uvas. Pasó lo mismo de antes, y ya del algodón, para concluirlo, faltaba tan sólo una pequeña parte. Luego había comido con ansia todo cuanto le dieron.

Horrorizadas, no bien amaneció, las dos niñas se fueron al cura del lugar, y le manifestaron el caso. Luego de escucharlas, el sacerdote les aconsejó que llevaran unos *noques* <sup>(3)</sup> grandísimos para que pusieran ahí todo el algodón que había *tisado* la misteriosa *cumita*, no sin haberles puesto antes agua bendita. Además dióles muchas reliquias, diciéndoles que las cargaran toda esa noche.

Así lo hicieron, cuando ya sienten que golpea la puerta lo mismo que antes: "*Cumita*, ábrame la puerta". Una palabra no le contestaron las niñas, y aquélla, que por las cuestiones religiosas no podía violentar la puerta, aguardaba que le abriesen; pero, por más que les rogaba, las niñas hacíanse las sordas, presas de pánico.

Se fué la *cumita* misteriosa, cansada de esperar en la puerta de calle, antes del primer canto de los gallos.

A la noche siguiente, a la hora de costumbre, vale decir: a la cuarta noche, vuelve y golpea la puerta. Las niñas estaban siempre provistas de las reliquias benditas, y no le abren. Entonces les dice aquélla desde afuera: "Aquí les he traído un regalo de otra *cumita* que me tocó de comerla anoche, y a ustedes también las iba a comer ahora".

Efectivamente, al día siguiente, cuando las niñas abrieron la puerta, encontraron sorprendidas una pierna completa de cristiana, con media y botín. Entonces, las niñas, llenas de pavor, fuéronse de nuevo al cura del lugar a avisarle lo sucedido; y de allí se vino el sacerdote con el sacristán a ver la verdad de las niñas; y al testimoniar, el párroco le dió sepultura.

Desde ese día, no les quedó a las niñas ganas de trabajar tanto de noche ni de recibir a *cumita* alguna desconocida.

*Dictado por doña Margarita Saltos, en San Antonio de Piedra Blanca.*

## 6. LA COSTURERA

Hace muchísimos años, vivía en los alrededores de La Tuna una pobre mujer cuyo oficio era de costurera. Tenía dos hijitos, y su esposo se ocupaba en talar los bosques, por lo que a veces pasaba sola varios días y aún semanas enteras.

Valentina, que así se llamaba la costurera, cosía todo el día, y aún los

---

(3) *Noque*: Recipiente grande de cuero, madera, etc., usado generalmente para contener líquidos. Voz castellana, de origen árabe, aunque no en esta acepción precisamente, sino en la de estanque. (*Dic. Acad.*)

domingos, hasta altas horas de la noche, a fin de poder ayudar de este modo a su esposo, para cubrir las necesidades de la modesta familia.

Una noche, mientras cosía Valentina, sintió llamar a la puerta; pensó quién podría buscar a esas horas de la noche, y preguntó quién era, pero por toda respuesta dieron otro empujón más fuerte. Pensando *de* que pudiese ser su esposo, fué a abrir y se encontró con un anciano de cara cadavérica y siniestra figura que, todo tembloroso, contó *de* que venía desde muy lejos y le pedía permiso para descansar un rato y calentar sus ateridos miembros, para continuar después su viaje.

La buena y caritativa Valentina compadeciéndose del anciano; lo hizo pasar, le puso una silla al lado del fogón, y volvió a la máquina para continuar su labor.

El extraño visitante tomó asiento, y permanecía en silencio tapado con una larga capa que le cubría desde la cabeza hasta los pies, dejando al descubierto sólo los ojos y parte de la cara. De vez en cuando, dirigía miradas terribles a Valentina, que seguía cosiendo sin preocuparse mayormente de él y sólo a veces le dirigía algunas preguntas, que él contestaba con encogimientos de hombros o una vaga inclinación de cabeza.

Cuando la vela que alumbraba la pieza se extinguía lentamente, Valentina prendió otro único pedazo que le quedaba, el que después de alumbrar un rato daba también a su fin. Valentina pidió al anciano se retirase porque la vela se terminaba, era ya tarde y ella quería descansar.

Entonces el hombre, dirigiéndole terribles miradas que despedían llamas, hizo un extraño movimiento y se cortó una pierna, que la colocó, parada, sobre de la máquina, donde empezó a arder con una llama grande y clara, a manera de gran mechero, iluminándolo todo, y ordenó a Valentina que siguiese cosiendo. El terror de la pobre mujer era grande, y, al contemplar tan extraño fenómeno, la sangre quedó paralizada en sus venas. El hombre, por su parte, miraba a Valentina, y sus ojos y boca despedían llamas que parecían las bocas de un infierno.

Terminada de arder la primera pierna, se sacó la otra, que ardió un gran rato como la primera. En esos momentos se sintió el lejano canto de un gallo, que anunciaba que un nuevo día llegaba ya. Entonces el hombre, como sugestionado por algo superior, dió unos pasos hacia atrás y con voz cavernosa, que parecía venir del otro mundo, le dijo: "Yo soy un alma poseída del demonio y esta noche tú eras mi víctima elegida. Agradece que los gallos cantan ya anunciando el próximo día, pero mañana a la noche no te escaparás de mis garras". Después de decir esto, desapareció.

Al día siguiente, aterrada la señora por lo que le pasó aquella noche, se dirigió a un sacerdote de la vecina parroquia y le contó lo sucedido. Este le aconsejó que no cosiera los domingos y que mucho menos se quedase a coser hasta altas horas de la noche; dióle un frasco con agua bendita, para que regase la habitación, y le mandó que pusiera todos los muebles volcados, para que así el alma endemoniada no pudiese entrar.

A la siguiente noche volvió el alma y golpeó la puerta toda la noche; pedía a las sillas abriesen la puerta, y ellas le contestaban que no podían porque estaban

volcadas; pedía a la mesa, y ella le contestaba lo mismo; y así estuvo hasta que llegó el día, y de cansada se fué para no volver más.

De este modo se libró la señora de las garras del demonio.

*Enviado por la maestra Srta. Dalmira Baralo. Narrado por Ercilia de Barrionuevo, de 60 años de edad. Esc. N° 97, La Tuna, Tucumán. Legajo N° 36.*

## 7/11

Estos cinco relatos, de los cuales el 10° fué tomado de la Colección del Consejo, pertenecen al fértil ciclo de la infracción al séptimo sacramento, bajo la forma principal del concubinato y la secundaria del adulterio. Algunos motivos que aparecen en los mismos se encuentran en el *Motif-Index* de Stith Thompson (E 200-599).

### 7. EL HOMBRE QUE MURIO DE PENA

Este era un caballero que se fué a vivir mal en un paraje muy solitario. En dicho paraje se hallaban en la fiesta de las Mercedes. Entonces le dice a la mujer que se iba a ir a la fiesta, porque él era cofrade, y hacía tanto que no cumplía.

“No has de ir”, le repuso ella; “yo tengo miedo de quedarme sola”. Con todo se fué nomás, y al confesarse, el cura le dió muchas estampitas, diciéndole era menester trajese a su mujer para que se casase, como único medio para salvar su alma. Dijo que sí el hombre, pero cuando en el mismo caballo fué a traerla, vió cerca de la casa una inmensa cantidad de militares, todos vestidos de colorado. Pensaba admirado: “¡Cómo es posible que esta gente esté en mi casa cuando no suele llegar nadie!”, mientras el caballo bufaba de terror y no quería caminar. Entonces se baja el hombre y se va caminando a pie. Cuando llega a la casa, encuentra a la mujer ahorcada con el lazo que tenía para campear, colgada del tirante del techo del cuarto.

Viendo esto, vuelve al pueblo a buscar quien le ayude a traer el cadáver, y encuentra en el camino a la misma multitud de militares. No tuvo más tiempo que para treparse a un árbol del camino, cuando de pronto uno de ellos, que estaba debajo del árbol, le dice: “Bájate, bájate a cumplir lo que me has prometido en vida”. Mientras que, desenvainando las espadas, comenzaban todos a hachar el tronco de la planta. Pero era inútil, porque los hachazos daban en falso. De repente, otra voz le dice al joven que no quiera bajarse.

En esto, llegó una manada de chanchos salvajes, enseñando tamaños dientes, y diciéndole: “Bájate a cumplir lo que me prometiste en vida”. Y el hombre, preso de pavor, lloraba y rezaba enseñando la estampita. Los chanchos mordían el tronco del árbol; pero en vano, porque no lo podían tronchar.

Llegó luego una bandada de caranchos con la intención de voltear también el árbol; pero también fué inútil. Cuando estos animales se hubieron retirado,

sintió una voz que le dijo: “Bájate, bájate”. Entonces el joven se bajó, y fué a la iglesia. Se confesó; pero de nada le valió, porque muy al poco tiempo murió de pena.

*Dictado por don Saturnino Martínez, de 23 años de edad, en San Antonio de Piedra Blanca.*

## 8.

En tiempos en que las policías ordenaban en esta campaña alejarse a los *mancebos* <sup>(1)</sup> del centro de las poblaciones a lugares lejanos, en Bilismán, departamento El Alto, había tocado vivir a una pareja. Ella se llamaba Pilar, y tenía un varoncito; el hombre era labrador. Un día, aprovechando de la buena fruta del campo, se le ocurrió ausentarse a buscar *quiscaluros* <sup>(2)</sup> y *mato* <sup>(3)</sup>. Ya en muchas oportunidades lo había hecho, y siempre volvía, así que ella le aguardaba con el alinuerdo a las doce, que era el primer viaje. Pero esta vez, viendo que tardaba y se hacía la tarde, se le ocurrió que algo grave le pasaría, pues para mayor aflicción hasta un cusquito que tenía lloraba incesantemente en un *tunal* <sup>(4)</sup> que había cerca del rancho; y ¡qué iba a hacer!: eran lugares tan solitarios y despoblados, que de buscar un vecino, tan sólo muy lejos. Por fin, en su impotencia habíase acostado ya junto al hijito y encerrado también al cusquito.

No había transcurrido mucho, cuando llegó la noche, hora en que el cusquito empezó a abalanzarse lloroso a la puerta de la *quincha* <sup>(5)</sup>, lleno de pavor, no pudiendo enteramente conciliar el sueño porque parecía que algo misterioso ocurría afuera. Cuando, de repente, por el tejido de jarilla de la *quincha*, apareció una mano feroz, y luego un brazo tan negro, que la mujercita, más muerta que viva comenzó a rezar el Credo en voz alta; y acontecía que, mientras decía esta oración, aquella monstruosa visión desaparecía de su sitio; mas, cuando cansada cesaba, volvía a aparecer en distinta forma, hasta metiendo medio cuerpo hacia dentro, y ni siquiera resultaba que al chico le pusiera con los bracitos en cruz.

(1) *Mancebos*: Amancebados.

(2) *Quiscaluros* (hay varias pronunciaciones): Fruto de una cactácea (*Opuntia kisca'oro*).

(3) *Mato*: Fruto de una mirtácea (*Eugenia cisplatensis*. Camb.).

(4) *Tunal*: Lugar donde abundan las pencas o plantas de *tuna* (*Opuntia ficus* y *Opuntia tuna*).

(5) *Quincha*: Tabique, o pared, de cañas, o material semejante, aseguradas con varillas transversales, enterradas por un extremo en la tierra y atadas con fibras, alambre, etc. (Del quechua: “Kkincha” o “kencho”: cerca o cañizo.) La 1a. acepción de la Acad. — “*Amér. Merid.* Tejido o trama de junco con que se afianza un techo o pared de paja, totora, cañas, etc”. — parece referirse a los “envarillados” y “encañados” en los que se coloca la paja, en otros tipos de muros y techos. Habiendo tomado la Acad. esta definición de Granada, benemérito compilador sin duda, pero desconocedor también, por regla general, de la mayor parte de los objetos que definía, convendrá reconsiderarla y conservar solamente la 2a. acepción, dada como *Chilenismo*, y que es la que asignan a la voz todos los lexicógrafos versados en la cultura rural del norte argentino, donde tienen su pleno vigor tanto el vocablo como el objeto.

Cuando aclaró el día, llorosa y desvelada, recién atinó la pobre mujercita a ir a buscar auxilio al primer rancho, allá muy lejos. Vinieron cuatro hombres, que salieron a buscar a su marido, al cual lo encontraron muerto, y a su lado, muerto también, al caballo. En esta situación, no pensaron más que en alzar el cadáver y el apero, y lo trajeron para ella; y mientras dos de los hombres quedaron cuidándole, los otros fueron por velas y víveres al pueblo.

Esta mujer, a pesar de su vida miserable, había tenido siempre una constante devoción a San Benito, y cargaba el cordón, con el que, cortándolo en dos, le ató al finado los pies y las manos. Pero ni las velas habían encendido aún, cuando de pronto el finado se incorporó, maneado como estaba, en el catre. En un descuido habían salido los hombres de la *quincha*, y ella, cuando regresaron todos, no les quiso contar nada de lo que vio.

Ya estaban las velas y la mortaja; se las pusieron, y continuaron el velorio. Cuando se hizo la noche se levantó el difunto, y sacó a la mujercita corriendo con el hijo en brazos. Entonces los hombres, espantados, no quisieron continuar, y cada uno se fué a su casa. La había corrido ya mucho trecho, cuando atinó la pobre a hacer una exclamación a San Benito y ahí se presentó un frailecito, que atajó al finado, llamándolo por su nombre. Ya lo había entretenido un largo rato, cuando, de estar le dice el difunto: "La conversación está linda, pero la mujer se me va". Y como un rayo sale en su persecución. En todo esto, la mujercita había tenido tiempo de transponer un río que forzosamente tenía que atravesar, de modo que cuando el finado llegó al borde, la mujer estaba en el otro; y como a los espíritus malignos no les es permitido tocar el agua, desde ahí le gritaba enfurecido: "Agradece a estas porquerías que me has puesto (refiriéndose a las reliquias) y a esa criatura que llevas en los brazos, <sup>(6)</sup> que por ellas no te comí".

*Dictado por Carolina Carrizo, en San Antonio de Piedra Blanca.*

## 9. EL HOMBRE CASADO Y TOMADOR

Dice que había un casado que tenía cinco hijos. El hombre era muy *tomador* <sup>(1)</sup>, y la señora, que era lavandera, trabajaba todo el día afuera y a las doce tenía que venir a preparar la comida para sus hijos. El padre se lo pasaba bebiendo y no se acordaba si sus hijos tenían que comer o no. Cuando llegaba, corrían éstos a encontrarlo, y la mujer jamás le decía nada ni le reprochaba su conducta.

Por ahí, el hombre había empezado a querer a una muchacha, y un día le dijo ésta: "Vos te vas a comprometer conmigo, y ni con la muerte nos vamos a separar". El le contesta que qué podía hacer para que se casen, y ella le dice: "Mirá, vos lo vas a hacer hoy mismo, y es esto: *tomá* un puñal, lo afilas bien y

---

<sup>(6)</sup> Sobre la inmunidad de los varoncitos al diablo y los condenados, ver el N° 1 de esta Revista, p. 98, nota <sup>(1)</sup>.

<sup>(1)</sup> *Tomador*: Bebedor.

te vas a matar a tu mujer". Se fué él a la noche, y la encontró acostada en medio de la cama, con dos de los hijos para cada lado y el mayorcito parado en el rincón del cuarto.

Cuando buscaba el cuello a su mujer para degollarla, el hijo más grandecito, que hacía de Angel de la Guarda, le dice: "Papá., ¿por qué quieres matar a nuestra madre? ¿Quién nos va a dar de comer a nosotros?". Entonces el hombre, arrepentido, se volvió a la casa de la querida, y ésta le pregunta en cuanto llegó: "¿Cómo te ha ido?". El hombre le contesta: "No puedo matar a mi mujer: es la que le da de comer a mis hijos"; y ella le dice: "Pero, hombre, ¿no veis esos gusanos que se crían debajo de la tierra? Se crían sin madre: así pueden criarse tus hijos". El le dice: "Más bien nos podemos ir a otro lugar a vivir, adonde ella no tenga noticias de nosotros, y ahí nos podemos casar". Ensilló, pues, el caballo, cargaron el avío y tomaron el camino.

Caminaron así leguas y leguas, días y días; y dice que la mujer, cuando iban en el camino, no se quería bajar en ningún lado: parecía una loca. Entonces el hombre le dice: "Mira, hija, ¿divisas aquel humito que se ve a lo lejos?". "Sí lo diviso". "¿Divisas aquel frondoso árbol? Ahí nos vamos a quedar, porque el avío se nos acaba y vos estás enferma". Se apearon, la hizo acostar debajo del árbol y él salió en busca de remedio.

Había caminado ya mucho el hombre, cuando se encontró con unos padres misioneros, que le dicen: "¿Sos de esta vida o de la otra?" "De esta vida", les contesta. "Y ¿qué andas haciendo por estos mundos?". "Vengo a comprarles dos *cordeles*". <sup>(2)</sup>

Cuando volvió el hombre, la encuentra a la mujer tirada bajo el árbol y le dice: "A ver, hija, te voy a dar unas fricciones". En eso que la empezó a friccionar, quedó dormida y él aprovechó para manearla bien con los cordeles, hasta la punta de los pies, y una vez que terminó, salió en puntas de pie para que no lo sintiera. Cuando se alejó una cuadra, se enderezó ella en busca de él, que se iba ya disparando.

Ella le gritaba corriendo detrás de él: "Juan, *vení*, que no te voy a comer. *Vení, cumplí* tu palabra. ¿No era el trato que ni con la muerte nos íbamos a separar? *Vení, vení*". Pero en eso se encontró con un arroyo con agua y se quedó detenida. Allí se quedó gritándole: "¡*Agradecé* a este arroyo que no te alcanzo!". ¡Esta mujer había sabido estar condenada en vida!

El hombre se volvió en busca de los padres misioneros, y cuando los halló, éstos le preguntaron: "¿Sos de esta vida o de la otra?". "De ésta", les contesta; "pidiendo confesión vengo".

Los padres misioneros le mandaron de penitencia que vaya con una vela encendida, que la iba a encontrar muerta a la mujer y el caballo destrozado, y que se acerque en puntas de pie y se suba al árbol a velarla todas las noches y que observe todo lo que iba a pasar esa noche.

---

(2) *Cordeles*: Se refiere a la costumbre de ceñir a los muertos con el cordón del hábito franciscano. En los cuentos de este tipo, teñidos de animismo, dicho cordón sirve para atar los pies de los muertos sin confesión, como para prevenir que "anden".

A la noche sintió una música que resplandecía y veía venir miles de hombres que llegaron y levantaron el cuerpo de la muerta y lo tiraban de un lado a otro, como pelota, hasta que por último se lo llevaron. El hombre se bajó horrorizado y se dirigió a los misioneros y les contó lo visto. Estos dijeron: "Ya se la llevaron los diablos". Y le dieron como segunda penitencia que vaya de rodillas a pedirle perdón a su mujer.

Cuando iba llegando a su casa, lo vió uno de sus hijos y le dice a su madre: "Allí viene mi tatita". "¡Qué va a venir: hace tantos años que se fué!". "Sí, viene tatita, derramando sangre a chorros de las rodillas". El hombre llegó y le dice: "Hija mía, perdóname lo que te hice". Abrazó estrechamente a su mujer y sus hijos y murió en gracia de Dios.

*Dictado por Fernanda de Monroe, en Malli II (Andalgalá).*

#### 10.

Había una vez un matrimonio que no era casado por la iglesia, porque la mujer dijo: "¿Así que hemos de dar esa plata al cura? Mejor, la aprovechamos en otra forma y no nos hemos de separar ni con la muerte".

La señora era *cófrada* de la cofradía de San Francisco, y llevaba el cordón.

Tuvieron tres hijos: Antonio, Pedro y Juan. Al poco tiempo muere el esposo y ella le envuelve los pies con el cordón.

Una noche llegó un hombre pidiendo de comer; la señora lo hizo pasar y le sirvió la comida; pero el hijo mayor se fijó que todo lo que comía lo tiraba por debajo, y advirtió a su madre. Entonces el hombre lo comió. El del medio exclamó; "¡Mamita, este hombre lo ha comido a mi hermanito!" A éste también lo comió por haber hablado. Al fin, esta señora, a la que no le quedaba más que un chiquito de pecho, huyó con él por los campos sin amparo alguno, perseguida por una bola de fuego. Al llegar al campo raso, se encontró con tres franciscanos, quienes le preguntaron qué le sucedía; ella contó su vida: que no se casó por la iglesia por no darle el dinero al cura, el juramento que hicieron, y luego, que este hombre le comió dos de sus hijos y que el que llevaba en los brazos no tenía bautismo.

Los franciscanos lo tomaron al niño y lo bautizaron, y a ella la entregaron a la bola de fuego, que cumpla con su juramento. Esta bola de fuego no era sino su esposo, que era un alma condenada.

Zapatito roto para que usted me cuente otro.

*Enviado por la maestra Srta. Sara C. Carrizo. Narrado por Pedro Nieva, de 55 años. Esc. N° 87, Las Cejas, Tucumán. Legajo N° 65.*

#### 11. LA RESUCITADA

Era una pareja que vivían concubinos. Un día murió la mujer; y a los muchos meses va el hombre llevándole al cementerio una corona; y por la tapia nomás había saltado y colocado la corona.

Cuando volvía, sintió que la mujer lo hablaba, y decía: "*Esperame, llevame, no me dejes*". El no quería saber nada de volver en este trance, pero cuando menos acordó la mujer se le sentó en la nuca.

Ya hacía como tres años que este hombre no comía ni dormía por el peso e incomodidad que llevaba encima, cuando llegó el tiempo que maduraban los duraznos, y un día se fué a juntar. Llegado a una planta, le dijo él que se bajase un momentito para subir a voltear los duraznos. Así lo hizo la mujer, pero cuando el hombre se iba subiendo más arriba, lo bajaba de una pierna y le pedía que no suba más.

Volvieron a la casa, siempre con la mujer a cuesta; y a los días volvieron a ir a otra planta, donde eran mejores los duraznos. Entonces la engañó, y la hizo que se vuelva a bajar ella; y él se trepaba más arriba, y por entretenerla le volteaba los mejores duraznos; y cuando estuvo bien arriba, adonde no lo alcanzase, de más arriba siente el hombre que le hablaban, diciéndole que se trepe más.

Entonces, junto con esta voz, lo agarran de la cabeza, y la mujer desde el suelo de los pies, de tal manera que el hombre acabó muriendo descuartizado.

*Dictado por Nicolasa Quiroga, en San Antonio de Piedra Blanca.*

## 12

En el *Motif-Index* de Thompson los números 300-380 del capítulo E están destinados a registrar motivos como éste de los muertos que vuelven sin ánimo perverso a cumplir con diversas tareas o pagar deudas pendientes; el E 352 trata del muerto que vuelve al mundo a restituir bienes robados, pero no es el mismo; aquí se trata de tormentos terrenales como sucedáneos del Purgatorio, motivos que, al parecer, no están registrados en dicho *Indice*.

### 12. LA VIEJA DE LAS PUNTITAS

Había una vieja que tenía dos hijas, y se ocupaba del amasijo; y tenía la manía de robarles las puntitas a todos los panes que hacía cuando no la veían las hijas. Y una vez cortadas las puntitas, para que no se notara, los volvía a hacer pan, y les volvía a robar a los panes nuevos las puntitas, hasta que reducía de tal manera la masa, que resultaba nada más que una tortilla chica, que la asaba sobre las brasas y se la comía también.

Uno de tantos días, se muere esta mujer, y va ante la presencia de Dios, quien la manda a pagar sus culpas en la casa, transformada en una gata, hasta



que acabe bien de purgarlas, y con el *qué* <sup>(1)</sup> que sus mismas hijas habían de torturarla.

Se les aparece la gata una vez a la orilla del fuego, y como ellas seguían teniendo el mismo oficio, este animal no les dejaba una sola puntita a los panes por más bien tapados que estuvieran. Las hijas le pegaban cada paliza a la gata, que la dejaban por muerta, pero no se acobardaba, porque no bien se reponía, ya volvía. En los días de fiesta, hacían empanadas para vender, y aunque también cubriesen con piedras los manteles, nada evitaban. De modo que, cuando querían hornear, tenían un trabajo formidable en volver a mojar las puntas, y la gata siempre por detrás de ellas nomás andaba.

Esta vez le habían pegado paliza tan espantosa, que le habían quebrado dos costillas y sacado un ojo. Vuelven a amasar, y hacen empanadillas; van, y las encuentran comidas nuevamente a todas las puntitas, y la *conserva* <sup>(2)</sup> se les había derramado. Habían entonces agarrado una pava con agua bien hirviendo y la habían bañado, de modo que ya caminaba rameándose, ciega, casi sin costillas, y así la tiraban de una pata allá lejos.

Decían las niñas desesperadas: “No vamos a poder amasar más”. Y no podían ni ahorcarla, pues era tan flaca, que ni la sogla le ajustaba ni el peso era suficiente.

Al fin, tuvieron que dejar el oficio de amasar, porque los clientes les decían que el pan que les vendían no tenía puntas. Al otro día van a encender el fuego bien temprano, y encuentran a la gata en la cocina, hecha un *ecce homo* porque ya de las quemaduras no tenía ni pellejo. Ponen a hervir la leche y hacen una tortilla para el desayuno; y cuando comienzan a preparar la cama para ponerla, encuentran que a la tortilla le faltaba un pedacito. “Anda, ve”, le dice una hermana a la otra, “si la traes a la gata, vamos a terminar de matarla”. Y alzando una tamaña palada de rescoldo, se la vacían encima. Le chilla el cuero a la gata y pega un salto enorme, mientras le asientan otra palada.

---

(1) *Con el qué que*: Consultado sobre esta difundida expresión nortea el Dr. Luis Alfonso, Técnico de la Academia Argentina de Letras, respondió, después de una breve encuesta entre gente de provincia:

*Esta construcción se emplea en el noroeste del país: la tengo documentada en varias regiones de Catamarca y La Rioja (valle de Paclín, valle de Catamarca, Chilecito, etc.). Equivale a ‘con esto’ y constituye una fórmula que toma diversos matices según los casos: de amenaza, condición, añadido, deseo, propósito, etc. Así, por ejemplo, si se envía a un muchacho a comprar pan y vuelve sin él, la persona que lo mandó dice: “viene con el qué que no lo ha hallado”, o sea: “viene con esto (con el cuento o pretexto o excusa) que no lo ha hallado”. Alguien se compromete a hablar a fulano y no lo hace: “sale con el qué que no lo ha visto”. Una dama regala a su compañero un pañuelo de seda, y le advierte: “se lo regalo con el qué (con la condición) que lo use siempre”.*

Añade el Dr. Alfonso que debe de ser española por su difusión en regiones distantes unas de otras. Por lo pronto, parece ser una aféresis del *conque* antiguo y popular, del cual sólo un vestigio conserva el *Dic. de la Acad.* (art. *Conque*, 3a. acep.).

(2) En esta acepción, relleno dulce de empanada o torta, preparado, según la fórmula tradicional, con afrecho cocido, al que se añaden, para espesar, batata o harina, y a veces arrope, para hacerlo más fino. (J. A. C.)

En eso que estaba la gata al parecer luchando con la meurte, se transforma en la misma madre de ellas, y les dice: “¡Ay, hijas mías, vengo a agradecerles todos los tormentos que me han hecho pasar porque ahora ya soy feliz! Han de saber, hijas mías, que todo el tiempo que yo me ocupaba de amasar robaba todas las puntitas para aumentar el negocio; y ante la presencia de Dios, todas esas raterías habían sido culpas graves; y me convirtió en gata para que ustedes me saquen de penas. Ya me han sacado, y me voy feliz”. Y dándoles la bendición, se convirtió en una paloma y voló al cielo.

Las hijas quedaron hechas un valle de lágrimas al saber que la gata dañina había sido su madre. Y al contemplar el mal trato que le dieron, tenían miedo que el Señor las castigara, pero se consolaron al recordar que la madre les contó todo. Y al mal sin remedio no había sino echarle tierra en el medio.

*Dictado por doña María Nieva, de 25 años de edad, en  
San Antonio de Piedra Blanca.*

### 13

Este famoso cuento del “Puente al otro mundo”, o “El camino del Cielo”, lleva el N° 471 en el *Índice* de Aarne-Thompson. Las versiones europeas son más complejas y variadas que las corrientes en la tradición hispánica. En la *Antología Folklórica Argentina* que editó el Consejo Nacional de Educación en 1940 hay una versión “sinóptica” igual a ésta aunque más elaborada artísticamente.

### 13. EL BUEN MENSAJERO

Dicen que había una vez un padre que tenía tres hijos. Un día, éstos le manifiestan sus deseos de irse a rodar tierra, porque para ellos les era ya difícil la vida continuando en semejante miseria. Y salieron los tres hermanos.

Por ahí va el mayor, y se ocupa con un hombre misterioso, que le preguntó si era “verdadero”, para que le llevase una carta. El joven le dice que sí, y sale con la carta, y por ahí del camino, va y se da con un río que estaba echando olas de agua; eso nomás mira, tira la carta adentro del río, y se vuelve.

—¿Ya entregaste la carta? —le pregunta el patrón.

Y él le contesta:

—No la encontré a la persona que buscaba, pero a la carta le dejé en la casa, y en seguida mandarán el contesto.

El patrón se calló la boca, le pagó el dinero del viaje debidamente y lo despachó.

Con el segundo sucedió exactamente lo mismo.

Vino el tercero, o sea el *shulco* <sup>(1)</sup>; recibió la otra carta, y en el camino

---

<sup>(1)</sup> *Shulco* o *shulca* (del quichua *sullka*): Hermano menor.

vió también el río este, lleno de agua que daba horror; y parándose a mirarlo, exclama: “¡Obre Dios y su misericordia!” Y se abrieron las aguas y pasó. No caminó mucho, y se da con otro río, que estaba echando olas de sangre; más allá con otro que echaba olas de leche; más allá encuentra unos chivos flacos que estaban balando en unas *alfas* <sup>(2)</sup> floridas y no podían morderlas; más allá encuentra unas ovejas gordas como para partirlas con la uña en unos *peladares*: <sup>(3)</sup> más allá encuentra unas peñas que se daban unas con otras y despedían chispas de fuego; más allá encuentra dos individuos colgados de la lengua en unos ganchos de hierro; más allá encuentra una vaca loca que balaba desesperada, cavando tierra; y llegó por fin a la casa adonde iba, y entregó la carta y le mandan el contesto; y a la vuelta, ve todo lo que vió a la ida. Al llegar le pregunta el patrón:

—¿Encontraste al Señor que ibas buscando? ¿Le diste la carta? ¿Trajiste el contesto?

—Sí, señor, le dí la carta, traje el contesto, y ahí lo tiene.

Rápido el patrón dispone que le den de comer al muchacho. Cuando vuelve, le pregunta:

—Dime, ¿qué viste a la ida?

Y el muchacho comenzó a explicarle lo que vió, y el señor a descifrarle.

—Vi primero —le dijo el muchacho— un río de agua.

—Esas son las lágrimas de las madres que sufrían cuando la degollación de los niños inocentes. El río de sangre es la sangre de los inocentes, que vertían cuando los degollaban. El río de leche son las bocanadas que volteaban cuando se los arrebataban a las madres para matarlos. Los chivos que balan desesperados en esas *alfas* floridas y no pueden morder son los ricos que al morir se condenaron por avaros. Las ovejas que están en ese *peladar* son los pobres, que, cuando tienen, comen, y cuando no, se resignan con paciencia. Los dos hombres esos que están colgados de la lengua son tus hermanos, que por embusteros ahí estarán sirviendo de ejemplo. Las peñas que se chocan unas con otras estarán hasta la consumación de los siglos, porque son dos comadres que han muerto condenadas, y que en vida eran muy peleadoras. La vaca loca que viste que cava y busca desesperada es una niña que tuvo hijo y lo mató; se condenó, y el Señor la aceptará en el reino de los cielos sólo cuando lo encuentre; pero ya es tarde porque hace años que se lo comieron los bichos.

—Y ahora —terminó—, ¿cuánto vale tu trabajo?

—Real y medio.

—Bueno, aquí lo tienes.

Y extendiéndole le advierte:

—Desde hoy en adelante, por tu honradez, te concedo la virtud de que nunca se te acabe el real y medio, porque cada vez que metas la mano al bolsillo sacarás la misma cantidad.

Muy contento fué a la casa el joven; y allá encuentra a sus padres que esta-

---

(2) *Alfa*: Apócope de alfalfa.

(3) *Peladar*: Erial.

ban *tiñendo* <sup>(4)</sup> de pobres. Entonces el joven comenzó a meter la mano al bolsillo y darles para que pagasen hasta sus deudas.

*Dictado por Magdalena Carrizo, de 42 años de edad,  
en San Antonio de Piedra Blanca.*

## 14

Este cuento, también del orden de los llamados “religiosos”, carece de antecedentes en los *Indices* usuales. En la colección del Consejo hay una versión más o menos igual procedente de Astica, San Juan.

### 14. LA COMADRE POBRE Y LA COMADRE RICA

La comadre pobre tenía muchos hijos, mientras la comadre rica era tan mezquina, que, cuando ésta iba, la ponía a lavar, planchar, amasar, moler: siempre en los trabajos más pesados; y cuando se quería ir por la noche no le daba nada; tan sólo se conformaba con la comida, y sólo alguna vez, cuando se mostraba muy generosa, le daba afrecho, para que haga *sanco* <sup>(1)</sup> para sus hijos. Y esta pobre recibía llamada antes que perezcan de hambre en su casa.

Un día la pone a amasar, y como la viera llorando, porque recordaba que sus hijos percibirían el olor a pan caliente del horno, y no podrían comer ni un pedazo, se acerca la comadre rica y le dice: “¡Ay, comadre! ¡Yo soy tan afecta a bailar polkas...! Venga, bailemos una”. La abraza entonces y comienza a toquetearla, pues no era con el objeto de bailar la polka sino de descubrir si le robaba algún pedazo de masa.

La pobre mujer se fué como siempre, las manos sin nada, llorosa. Por ahí, se le da en levantar una piedra del camino, para simular ante los hijos que les llevaba algo. Cuando llega, lo primero que le piden es pan; entonces ella les dice: “Ya voy a enterrar esta tortilla; esperen un momento, que recoja unas chamizas para hacer fuego”. Y a cada rato los chicos la molestaban que apurase. Claro, nunca estaba, puesto que lo que enterró fué la piedra.

En estos trances se hallaba, cuando se le aparece una señora y le dice: “Desocupa una pieza, la más grande; bárrela bien, que no haya un solo estorbo, y tapa la puerta con ese cañizo; y esta noche te alejas a dormir; y, oigas el ruido que oigas, no quieras curiosear; mañana te levantas a la hora de costumbre”. Así lo hizo esta pobre mujer. Cuando abrió temprano la puerta de cañizo, se da con que estaba la pieza llenita de onzas de oro, levantando el techo; entonces, ahí

---

<sup>(4)</sup> *Teñir de pobre*: Estar en la miseria. Frase de origen incierto, no consignada en ningún glosario de regionalismos. Juan Alfonso Carrizo recuerda, a este propósito, una frase común en ambiente de tejedores antiguos: *teñir sin alumbir* (de tan pobre), o sea: estar tan pobre, que ni para alumbre se tiene.

<sup>(1)</sup> *Sanco*: Cocido espeso de harina gruesa de maíz o trigo con agua o leche, sal y manteca o grasa. (Del quechua: *sankhu*, con igual significación).

nomás agarra la comadre una manotada de onzas y los manda a los chicos a comprar qué comieran. Además, le hace pedir a la comadre rica le prestase un almud, con el objeto de medir las onzas de oro. Esto nomás del almud oyó la comadre rica, y se puso a cavilar qué podría medir aquélla en el almud, cuando era tan enteramente pobre.

Cuando la comadre pobre desocupó el almud y le devuelve, corre aquélla y comienza a olerlo y darlo vuelta minuciosamente por descubrir qué habría medido; y no va y encuentra en una hendidura del almud una onza de oro. Casi cayó muerta, y dice: “¡Oro había medido mi comadre! ¡De adónde habrá sacado!” Ahí nomás se va a casa de la pobre no a entregarle la onza de oro, sino a averiguarle de adónde provenía. Esta le enseña la enorme cantidad de oro que tenía, y, envidiosa, la comadre rica le dice: “¿Y cómo ha hecho comadre para adquirir tanto oro?”. La comadre pobre le explicó todo; entonces aquélla fué también a hacer lo mismo; y esa tarde, haciéndose que llorar de hambre, empieza a buscar chamizas. Aparece la misma señora, y le dice lo mismo que a la otra.

Había la comadre rica ocupado rápidamente en su casa dos peones; y con auxilio de sus hijos desocupó la pieza más grande que tenía, barriéndola prolijamente porque no se escapase una sola moneda. Sentía ruidos de noche, y corría a observar si alguien dejaba el oro o le estaban robando, tanto que, por observar, no pudo pegar los ojos esa noche, y mucho antes que de costumbre abrió la puerta. ¡Qué horror, al encontrar la pieza repleta de un barro negro, mezclado con bosta de gallina, y un hedor insoportable! Ya tuvo que ocupar el doble de peones para hacer echar muy lejos de inmundicia, sacar revoques y, en fin, para asear la pieza. Con esto quedó curada de su avaricia.

*Dictado por doña Margarita Salto, en San Antonio de  
Piedra Blanca.*

## 15

El Mt. 507 C. del *Índice* de Aarne-Thompson, uno de los cuatro registrados sobre el tema de “El muerto agradecido”, es como sigue:

### *La doncella serpiente*

I. El muerto agradecido: a) *El héroe rescata un cadáver de los acreedores que le niegan sepultura.* b) *El muerto, agradecido, ayuda más tarde al héroe con la condición de que van a repartirse todo lo que ganen.*

II. La doncella serpiente: *Todos los novios de una princesa han desaparecido durante la noche de bodas. El héroe se casa con ella y el muerto le salva la vida matando a la serpiente (las serpientes) que sale de la boca de la novia para estrangular al novio.*

III. La partición por mitades: *El muerto corta a la mujer en*

*dos, la libra de la serpiente y la sana, o bien la cuelga cabeza abajo de manera que la serpiente le salga por la boca.*

Los incidentes principales de este difundidísimo cuento, que reproduce parte del libro de Tobías de *El Viejo Testamento*, no corresponden exactamente, según podrá verse, a la versión transcrita. Una muestra muy característica de la falta de habilidad *profesional* del informante aparece en el sexto párrafo: el muerto agradecido le corta la cabeza a la serpiente y la guarda. ¿Para qué? Es un lejano eco de otro tema muy distinto: el del héroe que mata al monstruo policéfalo, le deja las cabezas pero le corta y guarda las lenguas (Mt. 300, V.).

### 15. EL VIEJITO Y EL JOVEN

Había un matrimonio que tenía un solo hijo, y había nacido con el destino de morir ahorcado a la edad de veinte y cinco años. Los padres, que eran muy ricos, lo echaron a la escuela, y llegó a ser muy preparado.

Un día antes de que llegara el plazo de su muerte, los padres andaban muy llorosos, y el niño no sabía a qué se debía; al fin les preguntó él, y le dijeron lo que ocurría. El padre entonces le dió animal y compañía y dos cargas de plata para que fuera muy lejos, hasta donde se le cumpla el plazo de morir ahorcado.

Llega a casa de una mujer que su marido hacía horas que había muerto, y todos estaban llorando; entonces el joven le pregunta el motivo, y le cuenta que es porque no podía enterrarlo, pues el cura no admitía en el cementerio muerto cuando no se pagaba el derecho. Entonces ahí nomás fué el joven este, conversó con el cura y le dió los cien pesos que exigía.

Por ahí, después de mucho andar, llega hasta donde estaba un árbol muy frondoso; desensilla, y al tronco de éste deja las cargas; y mientras sus compañeros cocinaban algo, él se sube arriba a mirar si quedaba cerca algún pueblo. Ya había mirado mucho, y cuando vino bajando quedó ahorcado de un gajo. Ya estaba para morir, y los compañeros no lo podían desahorcar, cuando ven que venía un viejo en una mula negra con un guardamonte y espuelas, y le dice al moribundo: “¿*Querís* que te descuelgue”? “Cómo no”, le responde. El viejito sube al árbol y lo descuelga, y luego saca un polvo del freno; y como lo hizo oler, comenzó a estornudar: ya estaba libre con esto de su fatal destino. Entonces el viejito le dice: “Agarre toda su plata, que yo no preciso, y vuélvase para su casa”. Y lo acompañó hasta por ahí, diciéndole que se quedase a trabajar, en un pueblito por donde pasaban, en el oficio de albañil; y aunque este joven nada comprendía, no bien agarró la cuchara la manejaba mejor que cualquier otro.

El viejito compró por ahí cerca una casa; puso almacén y tienda, y se comprometieron a repartirse cuánto ganaran. Mientras tanto, rogábale el viejito al joven que se casase. Muy cerca nomás vivía una señora viuda a la que no le duraba marido, porque si hoy se casaba moría al siguiente día. El viejito lo animó, diciéndole que a él no lo mataría, que iba a dormir él al lado de su cama. Con esto, se animó el joven, y se casaron.

La señora dormía ya con el esposo. Por ahí de las doce de la noche, ve el viejito que de la boca de ella salía un viborón. Ahí nomás, de un hachazo lo mató y guardó la cabeza.

De alegría, en el pueblo repicaron las iglesias al saber que este joven amaneció con vida.

A los tres meses, le comunica el viejito al joven que ya se iba a separar y que quería que se repartiesen los intereses, según lo convenido, y que debían empezar por la mujer. El joven, aunque con pena, tuvo que aceptar. La agarran uno de un brazo y otro del otro, pero el viejito, al ir como a matarla con un cuchillo, le dice: "Mira, joven, yo no la mataría; tampoco tengo interés en tu dinero; vive tranquilo, que ya te libré del miserable destino que tenías. Yo soy aquel hombre que me hiciste dar sepultura, y tu caridad te salvó. Ahora, anda en paz". Y, diciendo esto, desapareció de su presencia.

*Dictado por Antonio Vega, en San Antonio de Piedra Blanca.*

## 16 y 16a)

Los números 1170-1199 del *Índice* de Aarne-Thompson tratan del tema de la venta del alma al diablo y de los distintos medios con que se elude el cumplimiento del contrato. Ninguno se conforma a la especie transcrita. La versión del Consejo, 16 a), presenta una graciosa transposición de papeles en el primer inciso, que lo tornan ininteligible. Se la transcribe tal cual para ejemplificación del modo cómo algunos informantes trastruecan los relatos y por ser el único antecedente hallado de la especie.

### 16. LA VIEJA Y LOS DIABLOS

Una vez, un hombre muy pobre, pero decente, no acostumbrado a los trabajos rústicos, como sufría tanto y no hallaba forma de trabajar, hizo un trato con el diablo: que le dé fortuna, y él le daba su alma. Después del trato con el diablo, ya se le proporcionó fortuna, trabajo y tenía grandes tiendas, *tabiques*, <sup>(1)</sup> almacenes, etc. Así, con esa fortuna, había vivido gozando muchos años; y cuando ya el plazo se le acercaba de cumplir la promesa, se arrepintió, y andaba muy triste; no comía, ni dormía ni atendía sus negocios, de ver que su fortuna de nada le servía si tenía que entregar el alma al diablo.

Un día, caminando por los alrededores de la ciudad, caviloso, va y se encuentra

---

<sup>(1)</sup> *Tabique*: Horno de cocer ladrillos (quizás por la forma en que se apilan éstos). Aceptación no registrada en los vocabularios de regionalismos existentes.

con una viejita que estaba sentada en un cuero, *tipaniando* <sup>(2)</sup> trigo. El señor este se para, causándole curiosidad la forma de trabajar de la viejita, y le dice: “¿Qué está haciendo, mama vieja, ahí?”. Levanta los ojos la viejita, y le contesta: “Estoy preparando este triguito que me lo han dado para moler”. “¿Y cómo pasa la vida, viejita?” “De limosna, porque yo no tengo actividad para trabajar”. Alarga la mano el señor y le regala una onza de oro, y la viejita le da entonces el “Dios se lo pague”. El señor este pega un suspiro; la viejita le pregunta entonces: “¿Por qué tiene usted ese aire de tanta tristeza y por qué suspira tan hondo?”. Y el señor le responde: “Es que me restan tan pocos días de vida...”. “¡Y cómo sabe!”, le contesta ella. “Yo, que soy tan vieja, no lo sé”. “Ay, mama vieja, si usted supiera lo que me pasa... Y nadie me puede remediar”. “Y bien puede ser que lo remedie”, le dice la vieja, “porque nosotras *tenimos* un arte más que el diablo”. El señor este le cuenta entonces lo que le pasa, y el trato que tenía con el diablo, que ya se le cumplía de entregar su alma. “¡Ay! niñito, ¿por eso está tan triste? Yo lo voy a salvar. Ve a *vayasé* y *hagamé* hacer un cesto de caña que sea ralo, *hagamelo* bendecir con el cura, y *traigameló*. *Compresé* un cuero de animal vacuno que tenga el pelo bien negro, sin una mancha blanca, y un metro de bramante nuevito. Y cuando el diablo venga a llevarlo, le dice que tiene que concederle dos imposibles antes de llevarle”.

Así lo hizo, y cuando una legión de demonios bajó a llevarlo, le pide los últimos dos imposibles. Al momento le conceden los demonios. Se va el señor este a casa de la vieja con todos los diablos, y ella los estaba esperando. Sale la vieja, saca el cesto y el cuero, y les dice: “Bueno, ustedes tomen este balde”. ¡Se pegaron una espantada los diablos! Pero de allá se vuelve uno porque la vieja los exigía a cumplir; hizo valor el diablo, y lo recibió con la puntita de los dedos. Entonces le dice la vieja, entregándole el cesto: “*Tomá* este balde; en el fondo del potrero hay un pozo lleno de agua, y vas a trasladarme el agua de ese pozo a ese otro que está a una distancia más de dos cuadras sin volcar una gota de agua”. Y, entregándoles el cuero a los otros demonios, agrega: “Tomen esta sábana; me la lavan hasta dejarla tan blanca como esta muestra de bramante, y con cuidado de no sacarle una sola felpa”. Al ver el cuero, que ya estaba descompuesto por el calor, los demonios le dicen: “Vieja hedionda, parece que aquí nomás te

---

(2) *Tipanear*: Aventar el trigo u otro grano con la *tipa*, vocablo éste mal definido “*Argent.* Bolsa o cesto de cuero” por la Acad. (2a. acep.), quien la toma así de los conocidos glosarios de Granada y de Segovia, ninguno de los cuales tenía, presumiblemente, conocimiento directo de los objetos que definía. Granada (*Vocabulario Rioplatense Razonado*, pág. 374, 2a. ed., 1890) hace pie en la siguiente nota de Azara, que no hemos podido localizar: “Del cuero (del animal vacuno) fabrican todas las cuerdas y sogas, y la mayor parte de los utensilios, como canastas y arcas, llamándolas *tipas* y *petacas*”. Como la *tipa* es una bandeja o cesta muy abierta, de forma circular, hecha de paja, junco, etc., Azara se refería seguramente a “canastas” (muy abiertas y rígidas, es de inferir) tejidas con tiras de cuero o *tientos*; la definición de Granada induce a error porque de la idea de un recipiente más bien hondo y flexible hecho de cuero entero cosido. La voz proviene del quechua “*Tupa*”: ‘Canastillo’, según el P. Mossi, citado por Lizondo Borda en *Voces Tucumanas Derivadas del Quichua* (Tucumán, 1927).



*sabís mear*". Y les contesta la vieja: "Antes que canten los gallos me han de entregar el trabajo, que sobrado tiempo tienen".

Se fueron a un canal con la sábana, y se los sentía a los demonios jabonar y golpear. Llega la hora del plazo, le traen el cuero más negro todavía, porque, claro, cuando más golpeaban y lo jabonaban, más negro quedaba. Vienen indignados los demonios, bufando y le entregan el cuero a la vieja; y al ver que no le habían podido dejar blanca a la sábana le dicen: "Tomá, vieja inmunda, parece que desde que has nacido has tenido esta sábana y no la has lavado jamás". Al rato se presentan también los demonios del cesto, y le gritan: "Vieja asquerosa, tomá el balde agujereado que nos has dado; no se puede levantar el agua, que ya se cae toda por más rápido que se la ponga adentro".

En todo esto, estaba el señor por ahí junto con la mama vieja. Reunidos todos, el señor, la vieja y los demonios, se deliberó el asunto. Al fin salvóse el señor, mientras que los demonios quedaron furiosos, pegando terribles alaridos al verse aplastados por la vieja.

El señor la adoptó como madre a la viejita, y la hizo gozar hasta los últimos años de su vida, como que tenía fortuna; y se hizo el hombre más religioso y más bueno.

*Dictado por Carolina Carrizo, en San Antonio de Piedra Blanca.*

16a.)

Un hombre salió a buscar trabajo. En el camino encontró un hombre con barbas largas y negras que iba montado en una hermosa mula.

Le preguntó el jinete adónde iba. Le contestó el hombre que a buscar trabajo. El jinete le dijo: "En casa tengo trabajo para todos Uds.". Y entonces, el hombre le dijo que al día siguiente irían él y sus tres hermanos.

Al día siguiente temprano se presentaron a su nuevo patrón. Les dió éste de trabajo que le desmontaran un potrero de cuatro leguas que tenía y lo sembraran de alfalfa.

En un mes los cuatro hombres hicieron todo el trabajo y volvieron a ver al patrón para que les pagara y les diera nuevo trabajo.

Pagóles el trabajo y dióles de tarea que le demolieran un cerro que tenía al límite de la estancia y lo plantaran con monte.

En un mes lo hicieron nuevamente al trabajo. El patrón se quedó asombrado de que hicieran los trabajos tan ligero.

Se puso muy triste el patrón porque como pagó tanto dinero junto había quedado casi pobre. Se sentó en una silla a pensar qué trabajo les daría a los peones que no lo terminaran tan pronto.

En ese momento llegó a visitarlos una viejita, y le preguntó si por qué estaba tan triste. El hombre le contestó: "¿Por qué voy a avisarle a Ud. lo que me pasa, si no me va a sacar del apuro que yo tengo?".

"¿Y de dónde sabe Ud.? Tal vez le sirva para algo", le dijo la viejita.

Contóle entonces lo que le pasaba. La viejita le dijo: "Cuando vengán otra

vez a pedirle trabajo, dígales: ¡Vayan a pedirle trabajo a mi abuelita que ella les va a dar!”.

Al otro día, cuando vinieron los peones, el hombre les dijo como le había enseñado la viejita que les diga.

Fueron los peones a casa de la viejita y le pidieron trabajo. A uno le dió tres cueros negros para que los lavara, hasta que quedaran blanco; al otro le dió un canasto para que acarreará agua de un río y llenara un pozo; y al otro le dió dos palas para que las labre bien en forma de cruz.

El que debía llenar el pozo metía el canasto en el arroyo para sacar el agua, pero al levantar lleno el canasto y salir del agua éste se *desvacaba*.

El que debía lavar los cueros tenía ya los pies blancos de tanto estar en el agua, y los cueros, cuanto más los lavaba, más negros parecían. Ya cansado decía: “¡Qué vieja sucia! ¡Cómo había ensuciado estos cueros!”.

El que debía formar la cruz, quería formarla y se detenía diciendo: “¡Cómo voy a formar una cruz!”. Ya habían trabajado un mes y no podían hacer nada.

Al fin, cansados se fueron a los mismos infiernos. Cuando se fueron a los infiernos, porque eran los mismos diablos que habían venido a la tierra, la viejita se fué y le contó al rico lo que pasó.

El viejo le dió cinco millones de pesos de premio y le dijo que él nunca creyó que ella lo podría sacar de semejante apuro.

*Enviado por el maestro Sr. Ramón T. Juárez Fernández. Narrado por Benito Lobo, de 57 años. Escuela N° 69. La Calera, Tucumán. Legajo 183. Provincia de Tucumán.*

## 17

El ejemplar reproducido corresponde al Mt. \*340 del *Índice* de Steele Boggs, que cita varios antecedentes españoles. La especie no está registrada en el *Índice* general de Aarne-Thompson. En América, lo anotó Carmen Lira en su conocida colección de cuentos costarriquenses: *Los Cuentos de mi tía Panchita* (San José de Costa Rica, 1920. pp. 72/81).

### 17. LA SUEGRA QUE EMBOTIJO AL DIABLO

Cuentan que había una vieja muy rica, que tenía una niña muy preciosa; y la tal señora decía que su hija tan sólo se casaría con un hombre que tuviera nariz y dientes de oro. Gustaban de la niña grandes comerciantes, personajes de la ciudad, pero la vieja, orgullosa con la hermosura de la niña, no quería cederla; hasta que un día, se le aparece el deseado caballero, nariz y dientes de oro, a pedir la mano de aquélla. Al momento concede la vieja, y la hace casar.

Este hombre era muy rico, y tenía grandes palacios, comodidades de toda clase, regias comidas; pero nota la niña que de noche, al ir a dormir juntos, nunca amanecía a su lado; y siempre el hombre le contaba que él sabía hacer unas pruebas muy lindas: alzaba una mesa llena de copas sin voltear una, de un solo

salto se andaba por los tirantes del techo, y después, haciéndose un humito, se metía adentro de una botella. A la señora le prohibía salir a ninguna parte, aunque tenía con ellas las más esmeradas atenciones. Pero un día le tuvo miedo, porque cada vez las pruebas eran más terribles. En su ausencia, se fué a la casa de la madre, y le cuenta que le tenía horror a su marido por las pruebas asombrosas que hacía. Al momento, la vieja responde: "No hay caso, éste es el diablo; pero no ha de ser el diablo más diablo que yo". La vieja ahí nomás se fué al cura, compró un bote grande, le llevó y se lo hizo bendecir, y un corcho grande también.

El cura le dice: "Mujer, de solamente caprichosa has hecho casar con el diablo a tu hija". Y ella le contesta: "Yo no *hi venío* a pedir opinión, que yo sé lo que voy a hacer, sino *bendigamé* este bote y corcho". Cuando estuvo, se fué de visita a la casa del yerno, y le dice: "¡Ay! *m'hijo*, *hi venío* a visitarlo porque andaba deseosa de verlos, y también a convidarlos para que comamos en casa, que tengo mucha comida preparada". Estaba muy zalamera la vieja, por no dejar de llevarlo, hasta que le hizo decir que sí. Una vez en su casa, sentados en la mesa, entre charlas y bromas, hechos unas pascuas, comienza la vieja. "Pero, *hi sabío* que hace usted unas pruebas muy raras y hermosas; y esa prueba del humito que tanto deseo conocer, entrar en una botella, ésa nomás quiero que la haga". Y saca la vieja el bote de barro, que de antemano tenía preparado, y el yerno se pone a hacer la prueba: pega un salto a los tirantes del techo y cae adentro del bote de barro que tenía la vieja. Cuando entró bien el humo en el bote, le pregunta todavía: "¿Ya no hay más humo afuera de tu persona?". "Nada, mamita", le responde el yerno; "ya me metí bien". Entonces me lo tapa con el corcho bendito, bien tapado, al bote, y el demonio comienza a gritar: "Sáqueme esa porquería de corcho, sáqueme del bote". Agarra entonces el bote la vieja y lo lleva a unas quebradas adonde ni las aves de rapiña andaban, y en el fondo de una quebrada abandonó el bote, y se vino muy conforme a vivir con su hija.

En todo esto, en una población había un hombre muy borracho, que de sólo haragán andaba hecho un andrajo y hambriento. No va, y se pierde este borracho por esas soledades, y oye en la quebrada unos alaridos: "*¡Saquemén* del bote, *saquemén* del bote! ¡Al que me saque le haré el hombre más rico y lujoso!". Se acerca el borracho, y al comprobar que de adentro del bote éste gritaba, le dice: "¿Qué me vas a dar a mí, que nada me cuesta sacarte?". "Te voy a dar de comer primero, te haré el hombre más rico, y también que te cases con la persona que vos quieras". Entonces le abre el bote, y sale el diablo de adentro, llorando miseria por no cumplirle, diciéndole: "Estoy muy pobre... en mi encierro no gané dinero...", en fin, con cientos de enredos y mentiras, para terminar luego con que "para hacer un favor, no es necesario paga".

Pero como el mismo diablo le había contado que era su suegra quien le embotelló, le dice el borracho: "Mira, para que no seas falso, voy a ir hasta tu suegra y le voy a llamar para que te vuelva a enfrascar".

"No, no, por favor", le responde el diablo; "verme con mi suegra, no quiero ni jugando; mira, vos vas a llegar a tal ciudad, que falta poco: yo te voy a indicar. Cuando llegues a la población, en esta forma te voy a ayudar: yo me meteré en

el cuerpo de la princesa, que está enferma; entonces, vos, que llegarás haciéndote el médico, la hablarás al oído, y yo que estoy adentro de ella te escucharé; así, me dirás: ¡Ya estoy aquí! Entonces saldré, y la princesa sanará. Luego pides el dinero que se te antoje; no muy poco, puesto que nadie la pudo sanar”.

Llega este pobre borracho con unos andrajos y hambriento, y a la señora dueña de casa, que había estado haciendo en la cocina un caldo de gallina, le dice: “Yo soy médico, déme de comer, porque mire en el estado que me han puesto unos salteadores en el camino”.

Eso nomás oyó la señora, que era médico; le dice que ahí tenía comida y que coma a discreción, lo que hizo el borracho, no dejándole un bocado en la cocina. Luego, vuelve de adentro la señora, y le dice que él tenía que curar a su hija. Ante la princesa, el andrajoso no quería por nada presentarse así: “¡Cómo es posible que voy a aceptar presentarme con esta traza!”. Entonces manda al instante ella a traer con sus lacayos desde los sastres, porque lo vistan, desde el cuello duro; en fin, lo locionen, y todo al día.

Una vez el médico junto a la enferma, pide incienso, perfumes, y comienza a echar en la pieza; pide que los dejen completamente solos a los dos; luego se le acerca al oído a la niña y le dice: “Chey, ya estoy aquí”. Entonces el diablo sale inmediatamente, vienen los padres, y la encuentran completamente sana, conversando, con lo que quedaron locos de contento.

Entonces el diablo, en un descuido, le dice que no sea cosa que quiera curar a nadie más porque lo mataría.

El rey, en todo esto, como tenía prometido a quien sanara a la niña hacerla casar, ahí nomás a este médico concedió la mano de su hija.

No va, y enferma la reina; pero como el diablo no quería que el médico siguiese curando, éste lo atemorizó diciendo que era palabra del rey, que si no le ayudaba le haría matar, y en fin que traería a la suegra. Y como el diablo no quería, el médico le dice al rey que haga tocar los clarines, el ruido más posible, cañones, golpear tarros, en fin; las campanas que suenen en todas las iglesias en el instante en que él se acercara adonde la enferma. Cuando en la cabecera de ésta, la habla al oído, y el diablo le dice de adentro: “¿Qué es lo que sucede? ¡Tanto bullicio!”.

“Es que has de saber”, le responde el médico, “que viene tu suegra con un bote mucho más grande que en el que te puso la primera vez, y con un corcho doble también, y bendecido; y como ha sabido que yo te he sacado, quiere encerrarte bien para que no salgas nunca más”.

Esto nomás oyó el diablo, y salió gritando: “¡Bueno, bueno, decile a mi suegra que ya me voy a ir para siempre, que no las molestaré más! ¡Decile que ni siquiera existo!”.

*Dictado por Carolina Carrizo, de 40 años de edad, en  
San Antonio de Piedra Blanca.*

Este cuento, Mt. 325 del *Indice* de Aarne-Thompson, “El hechicero y su discípulo” o “La puja de hechiceros”, es uno de los más difundidos

del folklore mundial. En la Colección del Consejo Nacional de Educación hay tres versiones, procedentes dos de La Calera, Tucumán, y la tercera de Campo Grande, también de Tucumán. Transcríbese esta última por ser más completa y estar mejor narrada que la del Archivo del Instituto, no obstante traslucirse en algunos pocos pasajes términos y ampliaciones de la cosecha del compilador.

## 18. EL COMPADRE RICO Y EL COMPADRE POBRE

El compadre rico, como el compadre pobre no tenía posibilidad para criar la familia, le pide uno de los hijos para hacerlo educar. El compadre pobre aceptó el pedido del compadre rico y le dió un varón.

En lo que tenía el compadre rico educándolo al chico, éste le había mojado un libro, y había sido el libro de magia que tenía el compadre rico, el que le dió de penitencia al chico que seque bien el libro y, mientras lo haga secar, repase hoja por hoja.

El chico ganó a un corral a hacerlo secar al libro, y mientras iba secando hoja por hoja se le ocurrió leerlo. Después que terminó de repasarlo, se lo entregó al padrino y, de vuelta en su casa, le dice al padre:

—Vea, papá, *hagalé* una carrera a mi padrino.

El padre le contesta que cómo iba a correr, si su caballo era un caballo miserable.

—No, papá, *hagalé* nomás, bajo mi responsabilidad, que va a salir ganando.

Se va el compadre pobre y le propone la carrera al compadre rico. Este en seguida le aceptó la propuesta, seguro de ganarle por lejos.

Corrieron la carrera, y el compadre pobre la ganó por lejos. Entonces el compadre rico se interesó en el caballo del pobre, y le propone comprarlo.

—¡Qué voy a vender mi caballo! ¡Ese me da la vida! —le contesta el compadre pobre.

—Tiene que venderme el caballo y le pagaré lo que me pida.

Mientras tanto, el chico le dice al padre que le venda el caballo pero que no vaya a querer entregarlo con el freno.

Va el compadre pobre a entregarle el caballo al compadre rico, pero, en eso que quiso sacarle el freno, el compadre rico no le dió tiempo y se lo quitó con freno y todo.

Lo llevó, y en la pesebrera le daba de comer y beber con freno, y el muchacho que lo atendía tenía orden de no quitarle el freno por nada.

Un día que el muchacho este estaba dándole agua al caballo con el freno puesto, pasa un hombre y le dice:

—¡*Sacale* el freno a ese caballo, muchacho tal por cual! ¿Cómo crees que va a tomar agua con freno? ¡Yo te voy a poner un freno a vos, a ver si vas a poder tomar agua!

—¡Si mi patrón no quiere que le saque el freno para nada!

—¡*Sacale* antes que te meta unos azotes, así no quiera tu patrón!

El muchacho, de miedo, le sacó el freno al caballo. Eso que le sacó el freno, el caballo se hizo un pescado y se entró a la acequia y se fué agua abajo.

El muchacho se fué con el freno al patrón y le contó lo que le había pasado. Entonces dice el patrón: “¡Ya has hecho una gran zoncera!”. Se quedó muy afligido y salió corriendo a la acequia donde se largó el caballo. Al llegar, el compadre rico se convierte en un pescado más grande que el caballo y se fué cuesta abajo por el agua, hasta que lo alcanzó. Pero el caballo dió la vuelta y tomó cuesta arriba, siempre seguido del otro.

Cuando ya se vió mal el pescado chico, salta del agua y se hace una paloma, la que sale volando. Pero el pescado grande se hace un gavilán, y la saca a la paloma escapando.

Por ahí estaba una niña peinándose en la puerta de la casa. Cae la paloma en las faldas de la niña hecha un anillo, y el anillo le habla a la niña y le dice que si viene algún joven a proponerle que le venda el anillo, que lo venda a buen precio, y al querer entregarle, que haga como se le escapa de la mano, y lo tire al suelo.

Llega el gavilán y se hace un hombre, que llega hasta la niña y se interesa en el anillo, tanto que le propone comprárselo.

La niña le vende el anillo a buen precio, y, al quererle entregar, lo tira al suelo, y el anillo se hace una granada, cuyos granos se desparraman por todas partes en el suelo.

El compadre rico se hace un gallo y se gana a comer los granos de la granada. Escarbando, escarbando buscaba los granos, hasta que cuando halló que no quedaba ninguno, empezó a cantar de gusto. Pero había quedado un granito adentro del zapato de la niña que no lo vió, y de ese granito se hizo un zorro, que se echó como una flecha sobre el gallo y se lo comió.

*Dictado por Angel R. Cayo, en Palo Seco, Santa María.*

18a.)

Había una vez un viejo muy pobre que tenía un hijo, al cual había hecho bautizar un gigante que vivía en otro país distante, siendo el compromiso que tan luego como el muchacho cumpliera doce años lo entregaría al padrino para que lo educara y al mismo tiempo le ayudara a cuidar las grandes majadas de ovejas que tenía, pero en realidad los designios del compadre gigante era muy diversos.

Cuando el muchacho cumplió doce años, el viejo, fiel a su promesa, se puso en camino para la casa de su compadre acompañado de aquél.

Allí fueron recibidos con las muestras del más vivo afecto; hubo banquetes, bailes y otras diversiones en honor de las visitas; después el gigante enseñó al viejo todas sus magnificas posesiones; prometiéndole que si el ahijado salía inteligente lo dejaría de heredero.

Con todas estas hermosas perspectivas, el viejito lo dejó a su hijo muy gustoso y se fué a su tierra.

Los primeros días, el padrino le enseñó el manejo de la casa y todas las majadas que debía vigilar y le señaló las horas de estudio.

Todo marchaba muy bien pues el niño era dócil e inteligente y llenaba de satisfacción al padrino.

Muchos libros le dió para leer en las horas dedicadas al estudio, pero el niño observó que nunca le enseñaba un gran libro muy hermoso que el gigante leía con la mayor atención e interés.

Varias veces le rogó lo dejara ver siquiera las hermosas láminas que tenía, pero nunca quiso acceder y hasta llegó a enfadarse por lo que el muchacho insistía, pero se dijo que aprovecharía la primera oportunidad para satisfacer su curiosidad.

La oportunidad no tardó en presentarse pues el gigante le dijo que iba a hacer un viaje, que tardaría por lo menos tres meses y que le dejaba para que cuidara todo.

Antes de salir guardó el libro en una caja, a la cual echó la llave, llevándola en el bolsillo; pero el muchacho vió donde quedaba el libro y se alegró muchísimo.

El mismo día que salió el gigante, probó en la caja todas las llaves, y su buena suerte quiso que una anduviera bien; sacando el libro se puso a leer, y entonces se dió cuenta por qué su padrino no quería mostrárselo, pues allí se aprendían todas las artes de brujerías que se quisiera aprender, y al cabo de un mes de lectura aprendió perfectamente todo lo que el libro enseñaba, y ensayándose en todo vió que era un brujo consumado.

Cuando volvió el gigante, se dió cuenta al momento de que su ahijado había leído el libro; al interrogarlo negó, pero como aquél tenía la seguridad, lo encerró en un oscuro calabozo a pan y a agua.

El muchacho, que ya era un hechicero, se convirtió primero en una hormiga, que salió por el agujero de la llave, y después en un pájaro, que volando se fué a casa de su padre, el cual se sorprendió sobremanera al ver llegar a su hijo a aquella hora; pero luego cesó su extrañeza cuando el muchacho le dijo toda la verdad del caso y, como tenía que regresar, le pidió que al día siguiente se pusiera en camino a hacerle una visita al gigante y que, estando allí, le pidiera un corderito para llevarlo, pues él ya sabía que el padrino lo debía convertir en cordero, pero, cuando lo llevara a elegir, que sacara aquel que fuese más blanquito y que moviera la colita, pues ése sería él; y con esta recomendación volvió de la misma manera a su prisión.

Al día siguiente, el gigante, que ya sospechaba el viaje nocturno de su pupilo, fué al calabozo y lleno de furor lo tomó por el cabello y, haciéndole dar vueltas y diciendo ciertas palabras, lo transformó en un corderito flaco y endeble.

Mientras tanto el viejo emprendió su viaje, y después de varios días llegó a casa de su compadre, que lo recibió como la primera vez, y, al preguntarle por su hijo, le contestó que lo había enviado con un encargo y volvería a los tres días.

El viejo se hizo que creía, y como al cabo de los tres días no aparecía su hijo, dijo a su compadre que ya no podía esperar más y que se iba a su casa, pero que le pedía le diera un corderito para llevar. "Con mucho gusto, compadre, vamos. Ud. elegirá el que quiera". Y fueron al establo; el viejo eligió aquel más

flaquito, con gran disgusto de su compadre, que le decía que llevara el más gordo. El gigante quedó con un furor terrible y tuvo que contenerse para no matarlo allí mismo.

Una vez en su casa, el muchacho volvió a su forma natural y determinó transformarse en un hermoso caballo alazán, diciéndole al viejo que saliera a correr carreras, con la seguridad de ganarlas.

Así fué: el viejo salió y se fué a una feria donde se corrían carreras por cantidades enormes de dinero.

Llegó un caballero conduciendo un hermoso caballo tostado y lo desafió al viejo a correr con el alazán. Inmediatamente se arreglaron las condiciones de la carrera y pasaron a la cancha de la misma.

El tostado era el gigante, que, pensando vencerlo a su ahijado, se había convertido en caballo. Esto lo sabía el joven, y por eso quería correr la carrera a aquel caballo para vencerlo.

Se hicieron apuestas enormes a cada caballo.

El hijo le encargó al padre que, por más que le hicieran proposiciones, ofreciéndole las cantidades más fabulosas, no lo vaya a vender; pero que, si se tentaba y lo vendía, que no dejara de sacarle el freno al entregarlo.

La carrera fué reñidísima, pero el alazán venció por diez metros.

Al poco rato llegó un señor, que le ofreció al viejo cuanto quisiera por el caballo. El viejo no quería, pero sin embargo llegó un momento en que hubo que ceder, tentado por la enorme cantidad de dinero que le ofrecían; con la precipitación, se olvidó de quitarle el freno y así lo entregó al comprador.

El comprador, que era el gigante, salió precipitadamente de la feria y se llevó a su ahijado.

Al llegar a su casa, lo ató a un árbol, así, enfrenado, para que muriera de hambre. Al fin, un día que aquél dormía la siesta, un peón, compadecido del pobre animal, lo llevó al agua. Pero en cuanto se hubo quitado el freno, se transformó en un pez y se sumergió en el lago. Alarmado, el peón corrió a avisarle a su amo y éste se convirtió en otro pez mayor, que se lanzó en persecución del otro.

Cansado de huir en el agua, salió y, formándose una paloma, echó a volar; el gigante se convirtió en gavilán. Así recorrieron distancias larguísimas, hasta que la paloma, cansada ya, alcanzó a divisar unas dos niñas que estaban sentadas en la terraza de un hermoso palacio y de golpe bajó y, haciéndose un anillo, se entró en el dedo meñique de una de ellas.

El gigante entonces se hizo un joven y, llegando también al palacio, se quejó al rey de que una de las hijas le tenía un anillo.

El rey se fué a ver si era verdad y ordenó a su hija entregue el anillo a su dueño, mas la niña no quería entregarle; hasta que al fin, sacándose el anillo, lo arrojó al suelo, y allí se transformó en una granada, que se hizo pedazos, y los granitos se le dispersaron por todo el piso, pero uno se metió debajo del zapato de la princesa.

El gigante se hizo una gallina con siete pollitos y empezó a comer los granitos,



mas el que había quedado debajo del zapato se convirtió en una zorra con siete zorritos y cazó a la gallina y los pollos y aquí terminó el padrino.

*Enviado por la Sra. Carmen M. de Fernández. Escuela N° 92, Campo Grande. Tucumán.*

## 19

Este difundido cuento del ciclo del Tonto y su Esposa lleva el N° 1381 en el *Índice* de Aarne-Thompson, aunque varían bastante los detalles, empezando porque, en el prototipo, el tonto es la mujer y no el marido. La versión de Aurelio M. Espinosa (h), en *Cuentos Populares de Castilla* (Buenos Aires, 1946), N° 20, "Cuando llovió buñuelos", es idéntica a la transcrita, así como la existente en la Colección del Consejo, anotada en Los Altos, Catamarca. El prof. Steele Boggs, en su *Índice de Cuentos Populares Españoles* (N° 1381), confunde esta *facecia* con el *cuento moral* del marido que pone a prueba la discreción de su mujer contándole en secreto que asesinó a un hombre, o cualquier conseja descomunal, invenciones que la mujer divulga sencillamente por no poder tener la lengua. El prof. Aurelio M. Espinosa, que estudia ampliamente este tipo de "cuento moral" en sus *Cuentos Populares Españoles* (Madrid, 1947. T. II. pp. 287-293), deja en pie tal confusión, de la cual, por cierto, no ayuda mucho a desembarazarse la determinación, en el *Índice* de Aarne-Thompson, del tipo 910 A., el conocido cuento de "Los Tres Consejos", en muchas de cuyas versiones aparece como un episodio, luego independizado.

### 19. CUANDO LLOVIO BUÑUELOS

Había un matrimonio en que lo que le sobraba a la mujer de puro despejada le faltaba a él de puro inocente. Ella se ocupaba en el amasijo, y el tonto del marido en acarrearle leña.

Un día, como de costumbre, lo manda a traer leña, y no va y encuentra una bolsa de cordobán repleta de monedas de oro; en lugar de traer leña, se vuelve a la casa quejándose con la bolsa, y se la entrega a la mujer. Entonces la mujer, calculando que podrían venir a averiguar los dueños, le dice al tonto: "Ahora te voy a hacer un faldón y te voy a mandar a la escuela, porque ya *tenimos circunstancia*". <sup>(1)</sup> Y al otro día, bien temprano, no lo manda a la leña sino a la escuela con su pizarrita y su lápiz. Se presenta la mujer ante las maestras con el marido, diciéndoles: "Aquí les traigo un alumno, pues este hombre me tiene

---

<sup>(1)</sup> *Tener circunstancias*: Tener medios. Comp.: *persona de circunstancias*: persona de cuenta; *persona llena de circunstancias*: persona llena de vueltas.

sin vida porque lo eche aquí; llora por aprender y quiere que le enseñen a leer". Luego se volvió a la casa lo más campante, y se puso a hacer una cantidad de buñuelos; y los escondió bien para que no vaya a verlos el tonto cuando regrese. Así como a boca de oración, le da de merendar bien, y lo pone en cama. A deshora de la noche, se armó una tormenta, y comenzó a tronar. Entonces, ella se levanta, agarra los buñuelos y los desparrama bien en el patio; y, a parte del alba, le dice al tonto: "Levanta, anda a hacer hervir la pava". Así lo hizo éste; todavía estaba tronando, y encuentra el tonto los buñuelos sembraditos en el suelo.

Ese día lo hizo faltar a la escuela y lo mandó a la leña al tonto. En el camino, encuentra éste tres señores, que le preguntan si en el camino no encontró una bolsa con oro; le ofrecieron una buena propina, y el tonto les dijo: "Yo la *hi hallau*, y *li entregau* a mi mujer y ella la tiene escondida, y dice que no la va a entregar nada". De allá se viene el tonto con los señores y le dice a la mujer: "Aquí están los dueños, y *entregales* la bolsa con oro". "¡Ay, qué bruto tan grande!", contestó ella. "¡Zonzo, pícaro!, ¿adónde has *hallao* esa bolsa con oro?" Como el tonto quedó callado, los hombres se fueron derecho a la policía, y lo hacen comparecer con su mujer.

El comisario le pregunta si era cierto que su mujer tenía la bolsa con oro; éste le dice que sí, además que había dicho ella que no se la iba a entregar. Entonces la mujer le preguntó: "*Decime*, tonto, ¿qué señas *tenís* para comprobar que me has *dao* la bolsa con oro a guardar?" "¡Pero *acordate* cuando *hi ido* a la escuela, ese día que llovió buñuelos!", le responde el tonto. "¿Ha visto, señor comisario?", le dice la mujer. "¡Cuándo andaría este cristiano en la escuela! ¡Si ya tiene como setenta años...! ¡Y cuándo ha oído decir usted que ha llovido buñuelos!" Tanto el dueño del oro como el comisario, creyéndose burlados, dijeron: "*Mandate* a mudar de aquí, tonto trápala". Y la mujer se quedó con la bolsa de oro.

*Dictado por don Gabino López, de 90 años de edad,  
en San Antonio de Piedra Blanca.*

## 20

Este chiste, o *facecia*, perteneciente al ciclo del Hombre (Chico, Mozo, Moza, etc.) Listo, Nos. 920-929 y 1525-1639 del *Indice de Aarne-Thompson*, no aparece incluído en éste ni en el de Boggs.

### 20. EL SABIO BORRACHO Y POBRE

Se hallaba un día un sabio borracho y pobre sin tener qué comer, y resolvió hacer fortuna ese mismo día. Se vistió con ropa inferior, haciéndole el loco, salió a la calle con un palo, y mientras caminaba, decía:

—Al que me quiera jo..r  
yo lo he de jo..r.

Se dirigió al palacio del Rey, diciendo estas *voracidades* <sup>(1)</sup>, las que no bien llegaron a los oídos del Rey, que preguntó éste: “¿Qué cachafaz es ese que viene, que no respeta la persona del Rey?”. Y el sabio borracho y pobre continuaba diciendo:

—Al que me quiera jo..r  
yo lo he de jo..r.

Entonces le dice el Rey en persona: “¿Cómo es lo que *decís*, cachafaz?” <sup>(2)</sup>

—Al que me quiera jo..r  
yo lo he de jo..r.

“*Pasalo para aquí*”, ordena el Rey a uno de los guardias. Luego pide que le traigan una tinaja que estaba en la cocina; en seguida le trajeron; y le dice al borracho: “*Tomá* esta tinaja y vas a ir a sacarle leche a ese animal que está en el corral”. Resulta que había sido un toro muy bravo, y más tardó en llegar el sabio borracho al corral, cuando se le vino el toro al encuentro, y no tuvo más remedio de aforrarle <sup>(3)</sup> con la tinaja por medio de las astas, con lo que la hizo pedazos. Se puso a llorar entonces, y así volvió a la casa del Rey, quien le preguntó por qué lloraba y si había traído la leche. “Pero ha de saber, mi Rey”, contestó el sabio, “que mi hermano varón está de parto”. Y le contesta el Rey: “Pero, tonto’el diablo, ¿cómo *querís* que tu hermano varón esté de parto?” Y le contesta el sabio borracho al Rey: “¿Y cómo quiere mi Rey que saque a ese toro leche, si no es vaca?”

Al ver la sabiduría de este borracho, el Rey le llenó los bolsillos de plata y lo despachó a su casa, con lo que salió el borracho del palacio diciendo como antes:

—Al que me quiera jo..r  
yo lo he de jo..r.

*Dictado por Manuel de Jesús Ardoz, en Andalgalá.*

## 21

En el *Índice* de Boggs se halla registrado el cuento que sigue bajo los números \*860+921, con la diferencia de que allí se trata de llevar al rey tres objetos enigmáticos y aquí de responder sencillamente a otros tantos enigmas. Una excelente versión del Mt. \*860+921, recogida en Famaillá

(1) *Voracidades*: Bravatas; palabras descomunales y atrevidas. *Voracear*: verbo correspondiente, y con sentido más amplio, pues también el perro *voracea* (o *voracia*) cuando ladra a uno como queriendo echársele encima. Según Francisco J. Santamaría (*Diccionario General de Americanismos*), en Méjico, *Voraz* significa “osado, atrevido”.

(2) *Cachafaz*: Bellaco, pillo. (Argentinismo, registrado también en Uruguay y Chile).

(3) *Aforrar*: Golpear, asestar un golpe (con algo). Voz sólo consignada por José Vicente Solá en su *Diccionario de Regionalismos de Salta*: “*Aforar*. Dar una bofetada”. Tal vez sea un error tipográfico, o una contaminación de *aforar*. De cualquier modo, la definición transcrita debe leerse: “Dar (una bofetada)”.

(Tucumán), publicó Rafael Jijena Sánchez en "Folklore" (Nº 7. Buenos Aires, 1942) bajo el título de "Elena Morado" o "El niño sabio". En la Colección del Consejo hay otra, proveniente de Bella Vista (La Rioja), que empieza con las respuestas maliciosas del chico y sigue luego por camino distinto: el caballero burlado quiere hacerlo castigar para vengarse, pero el chico elude las asechanzas y vuelve a su casa (Legajo Nº 85, Prov. de La Rioja).

## 21. LAS PREGUNTAS DEL REY

Una vez un Rey echó un bando diciendo que el que adivine tres preguntas se casaría con su hija. Comenzaron a llegar al palacio condes, duques y marqueses, y ninguno acertaba las preguntas del Rey. Se dió la noticia a un joven de muy lejos, y se dirigió éste a la casa del Rey. Como tampoco podía adivinar, salió en busca de alguna persona que le diera salida de las preguntas; y en lo que andaba, llegó a una casita pobre en la que estaba un chico a la orilla del fuego pinchando con un palito las *chancuitas* <sup>(1)</sup> que salían de la olla. Le dice el joven:

—¿De dónde eres, peladito?

—Y... de la cabeza, señor, —le respondió aquél.

—¿Qué estás haciendo?

—Aquí estoy, pillando los que van y vienen, —y siguió pinchando los granitos de maíz.

—Y, *decime*, ¿que *tenís* padre vos?

—Y cómo no.

—Y tu mamá.

—Se ha ido a dejar la estaca y traer el hoyo.

—¿Y cómo es eso, hijo?

—..... <sup>(2)</sup>

—¿Y tu tata?

—Anda yendo y viniendo.

—¿Cómo es eso, hijo?

—Muy sencillito, señor: anda arando.

—¿Y tu hermana?

—*Ahi* está en el cuarto, pagando los gustos del año pasado.

—¿Cómo es eso?

—Está por parir.

—¡Caramba! —dice el joven para sí—. Este chico me puede remediar en lo que deseo. Y agregó en voz alta: —Y, *decime*, hijito: este camino ¿para dónde va?

(1) *Chancua* (o *chaunca*): Los granos, en general, y en especial los del maíz, que forman parte de un cocido no muy espeso. (Del quechua "Chancay": triturar. Entiéndese que en el *loco* y en la mazamorra, o *api*, el grano de maíz está triturado.)

(2) Enigma escatológico.

—Señor, para ninguna parte: *ahí* nomás está.

—Bueno, y aquella laguna ¿se puede pasar?

—No sé, señor; a la hacienda de mi tata le da al pechito, nomás.

Se fué el joven a tratar de pasar, y se hundió hasta las orejas en la orilla; de allí se vuelve a la casa del peladito, y le dice:

—Hijito, ¿por qué me has engañado tan feo?

—Señor, no le he engañado; para prueba de ello ya le voy a hacer ver.

Se fué el peladito, levantó un par de patos y se dirigió en compañía del joven a la laguna, los botó a los patos en lo más hondo, y hasta el pechito nomás les daba el agua.

—¿Ha visto, señor, que no lo engañé? Porque ésta es la hacienda de mi tata.

—¡Cierto había sido, peladito!

Los dos se volvieron a la casa del chico, y el joven le dice:

—Estoy muy contento con vos, porque sé que me vas a sacar de un apuro. Yo te pagaré y llevaré a toda tu familia para que vivan en mi palacio, si me avisas de tres preguntas que vengo en averiguación.

—¿Que será? —le dice el peladito—. ¿Cómo son las preguntas?

—La una es: *Blancura entre blancuras*. La otra, *sabores entre sabores*. Y la tercera, *cinta de cuatro puntas*.

—Señor, le contestó el peladito, eso es muy fácil: *Blancura entre blancuras*, es el cerro nevado. *Sabores entre sabores*, es la sal. Y *cinta de cuatro puntas*, son las cuatro esquinas del mundo.

Tomó nota de todo el joven, y le dice:

—En seguida vuelvo a buscarlos.

Les dejó un poco de plata y se dirigió a la casa del rey a contestar las preguntas. Llegó nomás, y *pechó* <sup>(3)</sup> a toda la gente que había y se *dentró* adonde estaba el rey. El rey le pregunta qué andaba queriendo.

—Yo vuelvo a contestar las preguntas a su Majestad.

—A ver —le dice el rey—: ¿Qué es *la blancura entre las blancuras*?

—El cerro nevado, mi rey.

—Muy bien —le contestó el rey—. ¿Y *sabores entre sabores*?

—Es la sal.

—¿Y *la cinta de cuatro puntas*?

—Son las cuatro esquinas del mundo.

—Está muy bien, joven: ganaste la apuesta y por lo tanto te casarás con mi hija.

En seguida el rey llamó a su hija y le dice:

—Este joven será tu esposo y ya nomás se van a casar.

En ese mismo momento hizo traer al cura, que los unió. Pasó la boda y el joven se fué a la casa del peladito a cumplir su palabra.

*Dictado por Manuel de Jesús Aráoz, en Andalgalá.*

---

(3) *Pechar*: Empujar.

Este cuento, N° 1536 A. del *Índice* de Aarne-Thompson, encuéntrase con todos sus episodios en el prolijo inventario de variantes que lleva a cabo Aurelio M. Espinosa en el estudio que le dedica en su obra citada (t. III, pp. 166-180). La versión existente en la Colección del Consejo es virtualmente idéntica (Legajo N° 125. Recogida en Cerros Largos, provincia de San Luis).

## 22. LOS COMPADRES

Era un hombre rico de la población, casado, que vivía administrando los bienes de la madre. Por su caridad, llegó a ser muy querido de todos. No había personas que llegase a su casa que no recibiese un favor. Por eso la gente lo elegía para padrino de sus hijos, porque a todos los ahijados les regalaba un pedacito de tierra para que levantasen su casita; a más, la vaca lechera para que tuviese el alimento el ahijado; y en fin, todo lo que podía necesitar. Se anunció de esto un zapatero muy pobre, y resolvió tener un hijo para poder hacerlo compadre al señor caritativo.

Después que tuvo el hijo, el zapatero lo llevó a presencia del rico con el fin de hacerlo cristianar. Este señor aceptó gustoso de llevar al niño al cristianamiento, y ya desde el momento en que quedaron compadres empezó a demostrar su generosidad con su ahijado, regalándole una bolsa con porotos, maíz, charque y demás.

Un día se le ocurrió al señor este ir a visitar a su compadre zapatero, y vio que tenía un potrero con suficiente pasto como para mantener una vaca. Ahí nomás lo manda a que lleve de su estancia una vaca gorda con su ternero; así iba a tener abundante leche para alimentar a su ahijado, pues no era posible que esté careciendo, teniendo él tantas en su corral.

Entonces va el zapatero a traer la vaca con su ternero, y después que los tuvieron cerca de un año, y el ternero estaba grande y no quería mamar, la zapatera lo aconseja al marido de que debían comer la vaca, estando tan linda y tan gorda, que el padrino no llegaría a saber, y que sólo le devolverían el ternero. Así lo decidieron al fin. Mataron la vaca, e hicieron mucho charqui, que guardaron en petacas, y escondieron el cuero para que no supiese nadie, tomando las precauciones del caso por si fuese el compadre rico.

El zapatero se va a su compadre a avisarle la desgracia que había tenido con la vaca, de que al verla tan gorda y tan linda se la habían robado. “¿Quién sería el pícaro que la llevaría!” Ahora le venía a entregar el ternero porque tenía miedo de que le sucediese lo mismo que con la vaca. El compadre rico le contestó que eso no importaba, diciéndole: “Llévelo al ternero para que lo coma”. El zapatero ¿qué más quería que le regale el ternero! Le pidió perdón por lo sucedido con la vaca, y se fué muy contento a su casa con el ternero.

Inmediatamente de llegar, el zapatero carneó el ternero para hacerlo también

charquí, y evitar ser descubierto al asar el charquí que había hecho de la vaca.

Más tardó el zapatero en retirarse de la casa de su compadre, que la madre de éste empezó a refunfuñar, diciéndole cómo era tan zonzo de poder creer lo que el zapatero le había dicho, porque ella estaba comprendiendo que era una gran falsedad y que ya estaba conociendo que él mismo había matado la vaca para comérsele. El hijo le contestó: "No, mamá, es un falso testimonio que le está levantando al pobre zapatero. ¡Cómo puede pensar eso! ¡Es una semejante calumnia! ¡Pobrecito!".

Entonces la madre le dice: "*Mirá*, para que te convenzas que es el viejo zapatero quien ha matado la vaca, vas a hacer esto: yo me voy a meter adentro de la petaca, y me vas a mandar a la casa del zapatero". Así hizo el hijo, la acomodó en la petaca, ensilló un caballo mansito y puso la petaca por delante; llegó a boca de oración a la casa del zapatero, y le dijo: "Mire, aquí le he traído esta petaca con muchas cosas delicadas que se pueden quebrar, y en casa no la quiero dejar porque tengo muchos chicos y son muy *hurguetes* <sup>(1)</sup>. Como usted es de confianza y conozco su honradez, se la vengo a dejar; mañana tempranito la voy a retirar".

"Está bien, compadre, yo la voy a dejar en un cuarto solita; tenga la seguridad de que los chicos no la van a tocar".

El compadre rico la deja y se va. Al llegar la noche, a la hora de merendar, uno de los chicos le pregunta: "¿De cuál charqui vamos a comer, tata: de la vaca o de la ternera?" Entonces la vieja que estaba dentro de la petaca, no bien oyó todo esto, no pudiendo aguantar de estar callada, le grita: "¿Cómo quería engañar, su sinvergüenza, su ladrón, a mi hijo de que no había matado la vaca? ¡Ahora lo voy a hacer llevar preso!"

El zapatero le contesta: "*Estate* callada, vieja de m..., que de aquí no vas a salir!" Entonces abre la petaca y la saca a la vieja, y trayendo un poco de charqui y pan, la obliga a comer. Tanto había comido ya la vieja, que no podía comer más, pero el zapatero la seguía obligando; hasta que, viendo que ya no quería, agarra una *maceta* <sup>(2)</sup> y empieza a meterle el charqui y el pan por la boca, martillando para hacerle tragar toda la comida, con lo que la vieja quedó ahogada. Una vez muerta la acomodó otra vez dentro de la petaca y la cerró bien.

Al amanecer, vuelve el hijo a retirar la petaca que había dejado. En el camino notó que la vieja no se movía, y pensando que como había pasado mal la noche estaba dormida, no la tocaba siquiera para no despertarla. Llega a la casa, y nada, ni se despertaba la vieja. Va y la coloca en su dormitorio, y para no interrumpirle el sueño, la deja dentro de la petaca; pero viendo que en todo el día no daba señales de vida, va y destapa la petaca, y se da con ese cuadro macabro; entonces, asustadísimo y creyendo que fuese un castigo, se dijo: "¡Bueno, como mi mama ha hecho mal juicio del zapatero, Dios la castigó!". Inmediata-

---

(1) *Hurguete*: Persona curiosa que mete la mano en las cosas ajenas, revoliéndolas por lo general. (Aplicase especialmente a los niños.) No registra la voz el léxico oficial con esta acepción, aunque da, con la nota de *Chilenismo*, otra equivalente a *husmeador*, que aquí no posee.

(2) *Maceta*: Voz empleada aquí como diminutivo de *maza*.

mente manda a llamar a su compadre zapatero, y le avisa todo lo que había pasado, que su madre había hecho malos juicios de él y que toda esa noche había pasado en su casa dentro de la petaca para descubrirlo, por lo que Dios la había castigado. Entonces se ponen de acuerdo los dos compadres, y resuelven darle sepultura; pero todo iba a ser en el mayor silencio entre los dos compadres, pues él no quería que nadie se enterase de que su madre podía estar condenada. El zapatero se encarga del entierro, la lleva a un corral bien lejano y la ata a las tranqueras, muy estirada, con las manos hacia delante, como si quisiera agarrar algo, y sosteniendo en una un huso, en posición de hilar.

Al otro día, como de costumbre, se levanta temprano el hijo, y se va a recorrer los potreros; y ya volvía tranquilo a su casa, cuando a boca de jarro se da con este espectáculo. Se vuelve horrorizado a la casa, y hace llamar al compadre zapatero y le cuenta. Entonces el zapatero le dice: "Yo la he enterrado bien, pero deje nomás, compadre: ya la voy a enterrar otra vez, pero en más hondo". Se va el zapatero con la vieja al hombro, y, en lugar de enterrarla, la coloca otra vez en otro potrero más lejano, sobre unas ramas de tala, con las manos para abajo, como si estuviese esperando para saltar.

Sale el hijo de nuevo a hacer el recorrido acostumbrado, y al querer entrar en ese potrero, levanta la vista y encuentra a la madre, y se asusta, y al querer disparar mueve las ramas y se le *empaica* <sup>(3)</sup> la vieja en el anca del animal. No bien le pasó esto, tomó despavorido a todo lo que daba el caballo, hasta que, en la mitad del camino la pierde a la vieja.

Llega a la casa horrorizado, e inmediatamente lo manda a llamar a su compadre; y éste admirado le dice: "¡Cómo es posible! ¡Cómo puede haber salido! Pero pierda cuidado, compadre, la voy a enterrar de nuevo y le voy a colocar encima unas piedras para que no salga. ¡Parece que está condenada!".

El compadre rico le dice: "Vaya a buscarla antes que nadie se entere, porque yo no sé adónde la he perdido". Se va a buscarla, la encuentra y, en lugar de un caballo *cojudo* <sup>(4)</sup>. Como Dios le ayudó, boleó al caballo, y una vez que lo enterrarla, la lleva a otro potrero en donde tenía un plantel de yeguas finas y agarró, ató a la vieja encima del animal este, con los pies bien amarrados, y en cada mano le acomodó un garrote de tala. Entonces soltó al animal: éste bellaqueaba, pero en cada movimiento que hacía, la vieja lo golpeaba con los garrotes, y más disparaba.

Mientras tal cosa sucedía, mandó a llamar al cura del lugar, para que bendijese los campos y conjurase el espíritu de la finada. Antes de que llegase el zapatero, el compadre rico hizo ensillar una yegua para el cura, y para él, otro animal. Bien llegó el cura, le contó que la madre andaba en pena y que en todas partes que salía se le presentaba en forma amenazante. Entonces disponen salir el cura con el compadre rico, y mientras andaban bendiciendo, leyendo los salmos y demás, llegan al potrero en donde tenía el plantel de las yeguas finas; entran, y

(3) *Empaicarse*: Enhorquetarse (Del quichua *pallca*: horqueta.)

(4) *Cojudo*: Animal entero, sin castrar. Voz española según los léxicos comunes, excepto el de la Acad., que, tal vez por error tipográfico, trae *Cojubo*.



empieza aquél a hacer las oraciones del caso. Cuando, de repente, el compadre rico le dice tembloroso: "¡Padre, corte la bendición y huyamos, que mi madre ha montado al animal más ligero que tengo!" Daba la casualidad de que el cura montaba una yegua que andaba en celo con el caballo *cojudo*. Horrorizado, salieron huyendo a todo lo que daba el animal, y a poco trecho el animal *cojudo* les dió alcance y les ganó el medio, y como al disparar la vieja lo garroteaba con los palos que tenía en cada mano, éste al ganar el medio, hizo dar a la vieja un fuerte garrotazo a cada uno, que los obligó a caer del caballo, como desmayados, llegando a la casa hechos unos *ecce homos*.

Viendo esto, el cura le aconseja al compadre rico que lo único que podía hacer era abandonar el lugar, dejando todo lo que a la madre le pertenecía, y que no usara nada de lo que había comprado con el dinero de la finada. Como ya no era vida la que pasaba este hombre, resuelve dejar la estancia, y hace llamar al compadre zapatero para contarle lo que le había aconsejado el cura, y le propone que si se animaba a quedarse y adueñarse de todos sus bienes y estancias, que lo dejaría todo para él. Este, más pronto que corriendo, aceptó la propuesta, ya que era ese fin el que había buscado con todas sus fechorías.

Pero resultaba que el compadre rico no podía salir, porque toda la ropa que tenía era comprada con dinero de la madre. Entonces le pidió al zapatero un poco de ropa para él, su mujer y chicos, para poder emprender el viaje. El zapatero se fué a su casa, desnudó a su mujer e hijos, y para proporcionarle víveres empezó a cobrar a su clientela las composturas de zapatos que le debían hacía tiempo, y a vender las suelas y herramientas, llevando el producto a su compadre. No le importaba perder todo esto, porque sabía que ya iba a quedar rico.

Una vez que el compadre rico y la familia, hechos unos andrajos, se retiraron, el zapatero quedó dueño de todos los bienes del compadre, y después de quedar rico, le metió fuego a su *quincha* y a la zapatería.

*Dictado por don José Carrizo, de 42 años de edad, en San Antonio de Piedra Blanca.*

## 23

La lección del Archivo del Instituto corresponde al Mt. 950 (que es el famoso cuento de "El tesoro del rey Rampsínito", narrado por Heródoto), excepto en el inciso preliminar del prototipo, que falta, y que está determinado así en el *Índice* de Aarne-Thompson:

"I. El saqueo del tesoro: a) *El tesoro del rey es saqueado por un ex arquitecto que dejó una piedra suelta.* b) *Se descubre el robo quemando paja, de modo que el humo se escape por las aberturas.* c) *El ladrón es apresado en una trampa.* d) *A sus instancias, el hermano (o hijo) le corta la cabeza para que no pueda descubrirse quién es*".

El ejemplar del Instituto, no sólo elimina esta introducción clásica, sino que la reemplaza por un equipo de tres hermanos con distintas maes-

trías (Mt. 1525 A., I. b) del mismo *Índice*) y agrega al final el conocido motivo de las pruebas que hay que cumplir para ganar la mano de la princesa (Mt. 1525 A. III).

La versión del Consejo, en cambio, empieza por el Mt. 1525 A., “El maestro ladrón”, y, después de cumplir el héroe con las pruebas impuestas por un vecino rico, muda de residencia y continúa sus proezas conocidas con el tesoro del rey. Es una simple yuxtaposición de los dos cuentos, causada no sólo por su coexistencia dentro del mismo ciclo del Ladrón Hábil, sino también por la misma estructura abierta del relato, que, entre un comienzo y un final variables —que hasta faltan propiamente en los prototipos 950 y 1525 A.—, admite un número indefinido de incidentes homólogos. Una sabrosa paráfrasis de este tema de los ladrones finos se encuentra en *Las Mil y una Noches Argentinas* de Juan Draghi Lucero (Mendoza, 1940): “Los tres ladrones”.

### 23. EL LADRON NATURAL

Estos viejos tenían tres hijos. El primero había nacido con la *insignia* <sup>(1)</sup> de ser adivino, el segundo de carpintero y el tercero de buen ladrón.

Cuando lo mandaron al mayorcito a la escuela, comenzó con sus adivinanzas; por medio de ellas se ganaba unos pesitos y podía ayudar a sus padres, que desde entonces llevaron mejor vida. El segundo también demostró su habilidad, haciendo cajoncitos, que vendía. Al menor no lo querían mandar a la escuela, pero insistió tanto, que fué y comenzó a robar hasta que se hizo grande y llegó a la edad de salir a rodar tierra.

Los dos más grandes, el adivino y el carpintero, como tenían cada uno su oficio, pidieron a sus padres que los dejaran ir por el mundo. Los padres aceptaron ya que así se instruirían mejor. Como el buen ladrón era muy chico, no le querían llevar, pero al último resuelven llevarlo. Y partieron, quedando endeudados ante sus padres que a un determinado plazo volverían.

Al poco tiempo se encontraron con tres caminos. El hermano mayor, que era el que mandaba, dijo: “Bueno, hermanos, aquí vamos a tomar cada uno el camino que nos corresponda, y a un determinado tiempo nos vamos a juntar. Yo sabré lo que les ocurra a cada uno de alguien que quiera hacerles algún daño; cuando sepa que se encuentran en peligro, voy a ir en cualquier forma en su ayuda”. El carpintero, por su parte, también se ofreció de ayudarlo al menor. Tomó el mayor por el camino de la derecha, el carpintero por el del medio y el menor por el de la izquierda.

---

(1) *Insignia*: No parece equivaler a “señal”, o marca exterior, sino a “signo”, en la 5a. acep. del Dicc. Acad.: “Hado o destino determinado por el influjo de los astros, según vulgar suposición”.

El adivino llegó a una gran ciudad y colocó un letrero en que decía que era *adivino natural* y que podía adivinar lo que iba a pasar. Se aglomeró la gente para que les adivine tal o cual cosa, y empezó a ganar mucho dinero.

El del medio llegó a otra ciudad, y colocó un letrero que decía que era un gran carpintero y que podía hacer la obra que se le pida en la comarca.

El menor se separó de los hermanos y, después de caminar un día y una noche por unos desiertos muy grandes, encontrándose con un camino muy largo y lleno de pisadas de caballos, se dijo: "Este va a una ciudad". Al poco de andar, se da con un hombre que, según decía, era ladrón. Este lo detuvo al chico y, al darse cuenta de que también lo era, se ofreció para lo que se le sirviera; el chico aceptó y comenzaron a conversar como dos viejos amigos. El chico simpatizó con el hombre, quien le dió una serie de instrucciones para que lo siguiera, comunicándole que tenía un lugar para ir hacer un asalto y que era la casa del rey, que ya otras veces había ido con algunos compañeros y que a varios los tomaron presos, pero que a otros, no. El chico le dijo que si tenía alguna señal en caso de verse en peligro; el hombre le dijo que no, que lo único que había que hacer era sacar el oro que tenían en la casa del rey. Esperaron que llegue la noche para ir al asalto, pero antes hicieron un contrato, y era que, muera el que muera primero, el otro tenía que enterrarlo en sagrado.

Cuando estuvieron en la casa del rey, el chico le dice que no entre, porque no les iba a ir bien; el otro le contesta que ya estaban adentro y que todo estaba listo, que si por qué temía; el chico le contesta que porque la estrella de él estaba muy triste. El hombre le dice que entre nomás y el chico le vuelve a repetir que no entre porque les iba a ir mal. Al fin, como el hombre mandaba, se fueron nomás. El chico le dice: "Lárguese usted primero, como conocedor; yo no conozco, y aparte de eso, nos va a ir mal, porque mi estrella está muy triste".

No bien entraron, los vasallos del rey, que tenían cuidando el tesoro, lo pillaron y lo mataron. El chico se volvió a la casa donde paraba, pero pensando en el contrato, se volvió, y andaba por la ciudad haciéndose el distraído para ver adonde lo iban a enterrar al amigo. Cuando lo averiguó, al día siguiente robó el cuerpo del amigo y lo llevó al cementerio, donde le dió sepultura en sagrado.

Como el adivino sabía lo que le estaba pasando a su hermano menor, se trasladó a la ciudad y se instaló frente al palacio del rey y allí puso su nuevo cartel de adivino. Al saber la novedad el rey, enojado por el robo del cadáver, y deseoso de pillarlos a todos los ladrones, le hizo una consulta: si podía pillar a los ladrones que le andaban haciendo mucho daño en sus tesoros. Le contestó él que era lo más fácil, pues, como los ladrones se pusieron de acuerdo de enterrarse en lo sagrado, que desenterrara otra vez el cadáver, que el que viniera a buscarlo ése era el ladrón, y que trataran de pillarlo como pudieran.

El chico, al ver que le sacaron el cadáver del amigo, le remordió la conciencia y juró rescatar el cuerpo. Compró una burra con todos los arneses necesarios para llevar algunos licores, llenó dos barriles con aguardiente, los cargó y, después de disfrazarse con una sotana, se fué adonde estaban los cuidadores del cuerpo del amigo, quienes tenían orden de arrestar al primero que llegase por esos lugares y no dejarlo con vida. Se presentó el chico ante los vasallos, y les dice con palabras

dulces como un orador: “¿Qué hacéis en estos campos con este difunto? Si moría de frío, allegaos a mi burrito y sacad lo que allí llevo, para que soportéis este terrible frío”. Los hombres, sin acordarse de la orden que tenían del rey, tomaron el contenido de los barriles, hasta que se quedaron dormidos, aprovechando esto el chico para llevar a su amigo al cementerio y enterrarlo en seguida.

Al otro día el rey consulta al adivino qué pasó con los cuidadores del muerto. El adivino le contesta que el ladrón les hizo una gran burla y que todos estaban dormidos de la borrachera. El rey, enfurecido con sus vasallos, manda encarcelarlos y vuelve al adivino, a consultarle qué tenía que hacer para pillar al ladrón. Este le dice que saque el cadáver del cementerio, lo coloque en una rama en forma de rastra y lo haga tirar por caballos por las calles de la plaza, y el primero que lllore, ése será el compañero del ladrón.

El rey hizo lo que le aconsejó el adivino, y lo sacaron al cadáver, *ramiándolo* <sup>(2)</sup> por las calles. Pasaron por frente a una peluquería donde se encontraba el chico, quien, al ver el cadáver de su compañero arrastrado en esa forma no pudo menos que ponerse a llorar, y uno que lo vio gritó: “Aquí está el ladrón”. El chico, cuando se vio perdido, tomó una navaja y se abrió una brecha en el brazo y fingió que lloraba por el dolor de la herida. Los vasallos del rey creyeron esto y siguieron arrastrando el cadáver; y, al llegar a la casa del rey, le comunicaron que nadie había llorado mientras llevaban el cadáver. El rey, indignado, lo entrevista al adivino diciéndole que lo había engañado. Este le contesta: “Pero, Majestad, el ladrón lloró y fingió ante los vasallos que lloraba por una herida que tenía en el brazo”.

Nuevamente el rey consulta al adivino. Este le dice que, si no lo pillaron en dos ocasiones que lo tuvieron en las manos, que era difícil hacerlo, pero que empleara otro método: que hiciera invitar a toda la gente de la comarca para una boda, y en la reunión diga cuál era el ladrón más *puiente*, <sup>(3)</sup> capaz de hacer lo que él le propondría; así, iban a salir toda clase de ladrones y, entre ellos, el que buscaba.

El rey hizo lo que le dijo el adivino. En medio de la reunión pregunta cuál era el ladrón que le hacía tanto daño, pero ninguno se presentó. El adivino le dijo que entre la gente estaba, pero que no se hacía conocer porque no tenía amplia seguridad del rey. Le dice que en otra reunión diera a conocer un bando en que prometa que el que saliera al frente se casaría con la hija adorada y que palabra de rey no puede faltar. Llegó el momento de la fiesta y el rey pregunta: “¿Cuál es ese ladrón que tiene tanta audacia para burlarse de mí?”. Salieron muchos ladrones al frente, pero el verdadero se quedó quieto. El rey le pregunta al adivino si, de todos los que se presentaron, cuál era el que buscaba. El adivino le dice: “Rey, tienes que ser fiel a tu palabra, porque a este ladrón

---

(2) *Ramear*: Arrastrar a una persona por el suelo (“sobre todo aferrándola de los cabellos”, advierten los vocabularios de regionalismos que explican la voz, y se entiende: porque las mujeres son las que más expuestas se hallan a ser *rameadas*, en las rencillas domésticas o de vecindad).

(3) *Puiente*: Capaz, ducho,

no lo vas a pillar con nada, porque es *ladrón natural*; te conviene volver a dar tu palabra de fe de que cumplirás lo prometido; si el ladrón se presenta ante ti, le pondrás una tarea muy difícil, y, si sale airoso, se casará con tu hija”.

El rey volvió a repetir su promesa, que daría su hija al ladrón más afamado, para que se case, y que palabra de rey no podía faltar. Entonces saltó el ladrón y dice: “¿Me quieren conocer? Aquí estoy. Yo soy el que sacó el difunto del lugar donde lo pusieron y lo sepulté en sagrado; luego fueron a cuidarlo los vasallos en cierto bosque, donde lo robé y los dejé a todos dormidos; después lo sacaron nuevamente y lo arrastraron por las calles; lloré al ver su cuerpo, y para no ser descubierto, dije que lloraba por una herida que tenía en el brazo, que me la hice de intento. Hoy, por vuestra palabra, me presento ante Vuestra Majestad, y le comunico mis pocas hazañas y estoy dispuesto a lo que me mande”.

Entonces el rey, con toda su ira, le dice: “Para que te cases con mi hija, irás a robarle las sábanas que tiene mi escudero en su cama, y si no las traes, te cortaré la cabeza. Te doy tres días de plazo”. Y luego le dijo al escudero que pida las armas que quiera para que no se deje robar las *sábanas campanillas de oro*. El escudero llevó a su casa muchos vasallos e hizo cavar una zanja a la vuelta de la casa.

El ladrón era demasiado vivo. La primera noche miró su estrella, y no hizo nada. Pero, acordándose luego de su hermano carpintero, lo hizo llamar inmediatamente y le dijo que le hiciera un busto de su persona. Como aquél era tan hábil y tenía su arte, lo hizo en seguida.

Mientras tanto, el ladrón ya estudió su plan. Buscó el lugar donde iba a colocar su busto, para hacerlo mirar; y en la noche en que brilló su estrella, que fué la última de las tres, lo puso al busto, y como el escudero estaba alerta, no bien vió aparecer la cabeza, comenzó a los tiros; al rato cayó el busto al agua, salió el escudero para mirar y aprovechó esta oportunidad el chico para entrar al cuarto donde estaban las sábanas y donde dormía la señora del escudero, quien le preguntó cómo le había ido. “Bien, hijita”, le contestó fingiendo la voz; “ya estamos libres del ladrón. Ahora *duermamos* tranquilos”. Se acostó con la señora y empezó con los pies a sacar las *sábanas campanillas de oro*. Una vez que las hubo sacado del todo se levanta, justo en el momento en que entraba el escudero, se esconde detrás de una puerta, y cuando pasó el escudero, aprovechó para disparar sin que lo sintiera. Contento le dice el escudero a la señora: “Bueno, hijita, ya estamos salvados: lo he muerto al ladrón. Ahora *duermamos* tranquilo, que mañana le presentaré el cuerpo a mi rey”. La señora le contesta: “Pero si hace un momento viniste y me dijiste lo mismo, y luego te acostaste conmigo”. Entonces el escudero se da cuenta de que fué engañado y que lo que volteó había sido un busto.

Al día siguiente se presenta el chico ante el rey y le dice: “¿Conoce esta prenda?”. El rey inmediatamente llama al escudero y le pregunta: “¿Qué pasa?”. Este le contesta: “Mi Majestad, este hombre es el diablo; con un busto de madera me engañó, y cuando salí a comprobar si lo había muerto, entró en mi aposento, se acostó con mi mujer y robó las sábanas”. El rey, indignado, le dice: “¡Ah, bruto! ¿Con qué te dejaste engañar? ¡Ahora tendré que cortarte la cabeza!”.

Cuando el chico le preguntó al escudero si reconocía las prendas, éste lo quiso despedazar, pero el rey le dijo que se detenga, porque palabra de rey no puede faltar, y que, al fin, ninguno era más afectado que él. Entonces llamó al adivino y le consultó si sería bueno dejarlo como rey al ladrón. El adivino le dijo que eso era lo que tenía que hacer, porque no era ladrón de perjudicar a nadie y que era un gran hombre. El rey hizo casar a su hija con el chico y a él lo coronó como rey.

*Dictado por Miguel Vega, en Chaquiago (Andalgalá).*

### 23a.) EL LADRON

Había una vez una señora que tenía un hijo tan flojo, que todo el día se lo pasaba echado en un cuero.

Cierto día en que la madre lo aconsejaba para que trabajase, le dijo él:

—¿Sabe, madre, que voy a aprender para ser ladrón?

—¡No, hijo, y mañana sin falta iré a rogar a la Virgen porque te quite tan mala idea de la cabeza!

Muy temprano vistióse la vieja y se fué a la iglesia; por otro camino, y sin que lo notara la señora, se fué el muchacho y se escondió atrás del Altar mayor. Una vez que pasó la misa, se fué la señora y, arrodillándose ante la Virgen, le pidió que le quitara a su hijo de la cabeza la idea de ser ladrón; cuando acabó de hacer la petición, con gran sorpresa de ella, oyó que la Virgen le decía: “Tu hijo ya ha nacido con esa estrella y así nomás tiene que ser”. Desconsolada la señora, dirigióse a su casa; mientras que, por otro camino, el pícaro muchacho se dirigía también a la casa; y cuando la señora llegó, ya el muchacho descansaba tranquilamente en el cuero, como si tal cosa hubiera hecho, y así que entró la señora le preguntó:

—¿Y, madre, cómo le ha ido?

—Mal, hijo —le respondió.

—¿No le dije, madre, que todo iba a ser inútil?

Pocos días después, el muchacho se fué adonde estaba su tío, que era un ladrón fino, y le dijo que iba para que le enseñara a robar. Todos tenían por tonto al muchacho este, y por lo tanto, cuando el sobrino le hizo esta proposición, le dijo:

—Bueno, acepto; pero tu harás todo lo que yo diga.

—Si, tío —dijo el muchacho.

—Esta noche —continuó el tío—, vamos a robar una vaca.

Y junto con el sobrino se fueron al lugar donde debía efectuarse el hurto. Pillaron la vaca; la mataron y el tío le dijo al sobrino se fuera a un lugar retirado y enterrase el cuero para que nada se supiera. Se fué el muchacho con el cuero, y cuando se hubo alejado, en lugar de enterrar el cuero, lo primero que hizo fué atarlo a un tronco y con una lonja empezó a azotarlo, de suerte que sonaba como si le pegaran a una persona. Hecho esto, empezó a gritar: “¡Perdón, señor, yo no he muerto la vaca; el que la ha muerto es mi tío! ¡Ay!, señor, yo no he muerto la vaca; mi tío la mató!”. Al oír estos gritos, el hombre se asustó, renegó

a su sobrino (“¡Tonto desgraciado! ¡Causa de él es capaz que me prendan!”), y sin esperar nada botó la res, montó a caballo y a toda velocidad se alejó del lugar. El tonto, en cuanto sintió que se fué su tío, desató el cuero y se fué donde estaba la res, la alzó toda sin dejar rastros y se encaminó a su casa; la vaca estaba que reventaba de grasa, así es que en cuanto llegó se puso a charquearla, y la madre al ver tanta carne se alegró.

—¿Ha visto madre que es lindo robar? Lo que en su vida se habrá visto, con res colgada como hoy. *Estesé* tranquila.

Muy cerca de la casa del tonto vivía un rico que tenía un chanco cebándolo para Navidad. El tonto pensó en robarlo, y así que se hizo la noche (aun cuando estaba clarísimo porque era de luna), fuése nomás a casa del rico, y para que no lo vieran se iba escondiendo tras la sombra de un perro; llegó adonde estaba el chanco y dándole un buen palo en la trompa lo dejó imposibilitado para poder gritar; después cargó con él y se fué a su casa, donde lo benefició a su gusto.

—¿Ha visto, madre, qué cosa linda es robar? Lo que en su vida se habrá visto, con res colgada y chanco.

Terminado de beneficiar el chanco, salió el tonto a la puerta de calle y se sentó en el umbral, como si tal cosa hubiera hecho. En esto pasó el rico y le preguntó si no sabía que le habían robado el chanco. El tonto encogióse de hombros.

—Mira —le dice el rico—, si me dices quién robó el chanco, te pago \$ 30 de albricias.

—Bueno —díjole el tonto—, déme el dinero y le diré.

El rico le entregó el dinero, y entonces el tonto le dijo que él se lo había robado y que si quería podía entrar y comer de su chanco.

—Bueno —le dijo el rico al pobre tonto—, ya que has tenido tanta habilidad para robarme el chanco, vas ahora a robarme una hornada de pan dentro de tres días; tendré guardias cuidándola, los cuales harán fuego en cuanto te vean, y si no lo haces, te mando cortar la cabeza.

—Bien, señor —contestóle el tonto.

Llegóse el día en que el tonto tenía que robar la hornada de pan; por orden del rico había cinco peones cuidando que el tonto no viniese a robar el pan; toda la noche la pasaron despiertos, y junto a la boca del horno había dos cuidándola, a pesar de que ésta estaba muy bien cerrada; amaneció y el tonto no vino. Cuando aclaró, se presentó el patrón y les preguntó si el tonto había ido. “No, señor”, le contestaron. “Bueno”, se dijo, “ya me la pagará. Vayan al horno y saquen el pan”. Así lo hicieron, y grande fué el chasco que se llevaron cuando vieron que no había ni rastro de pan, y solamente al centro del horno, un agujero circular. Lo que había hecho el tonto era lo siguiente: cavó desde su casa un subterráneo hasta el horno y, para que no vieran el agujero, lo tapó bien con ladrillos, disimulando lo más que pudo, para que, en cuanto él los golpeará, que cayesen; y así fué que, a media noche, cuando ya estaban bien frío el horno y el pan, abrió el agujero y se lo robó.

Al día siguiente fué el rico a casa del tonto y le dijo:

—*Mirá*, tonto, me has robado el chanco, me has robado el pan; ahora vas

a robar mi caballo bien ensillado; naturalmente, que lo haré cuidar, y si no me lo robas, ya sabes, te hago cortar la cabeza.

—Está bien, señor —díjole el tonto.

Llegada la noche, dirigióse el tonto a casa del rico, y desde lejos observó que arriba del caballo había uno bien armado, de las riendas lo tenía otro, y paseándose en el pequeño cuadro, un tercero armado de carabina, que era el que tenía que relevar al que estaba arriba del caballo.

Al principio todo fué bien; pero después, poco a poco, empezó a invadirles el sueño; entonces el tonto se acercó cautelosamente, y, como el que tenía las riendas se había dormido, se las cortó y al que estaba arriba el caballo le dijo: “*Che*, hermano, *bajate*, que ya es hora que te releve”. Mientras tanto, el que tenía que relevarlo también se había quedado dormido. Se bajó el hombre que estaba a las cabeceadas, y el tonto, subiendo inmediatamente, se alejó a todo galope. Cuando venía amaneciendo, todos, despiertos, se encontraron sin el caballo y discutían acaloradamente: el que tenía de las riendas se encontraba que solamente tenía un pedacito de éstas entre las manos; el que estaba arriba del caballo le decía al otro: “Si yo me bajé fué porque tú me dijiste que ya era hora de relevarme”. “¡Mientes! Yo nada te dije”. Y ya estaban por ir a las manos, cuando apareció el patrón y bastante encolerizado les dijo: “Lo que hay es que el tonto los ha burlado bien”.

En seguida el rico se fué a la casa del tonto y le dijo:

—Me has robado el chancho; me has robado el pan; me has robado mi mejor caballo y mi más lindo apero; ahora vas a robar mi mejor traje y reloj. Todo lo dejaré sobre una silla dentro de una pieza y yo mismo lo cuidaré, y si no lo robas, ya sabes, te hago cortar la cabeza.

Dicho esto, se fué. El tonto se quedó algo pensativo, porque la cosa no era nada fácil. Salió a la calle a pensar cómo pudiera hacerlo, cuando en esto acertó a pasar por una casa de gente bastante pobre y sintió que lloraban; entró a ver qué pasaba y se encontró con que había muerto un hombre. Entonces el tonto consoló a las mujeres y les dijo que él tenía una promesa, y era de enterrar a todos los muertos que pudiese, y por lo tanto les pedía hicieran el favor de cederle el cadáver para él enterrarlo. Naturalmente, que esto no se podía negar, y el tonto echó en un carro el cuerpo y se lo llevó a su casa.

Cuando se hizo ya bien de noche, se encaminó a la casa del rico con el cadáver a la espalda; solamente había luz en un cuarto: era donde estaba el traje y el reloj, y paseándose nervioso, el propio dueño, revólver en mano; únicamente estaba abierta una ventana. El tonto se acercó despacito a ésta, metió la cabeza del muerto y la volvió a retirar. “¡Ah”, dijo entre sí el rico, “ya me la pagarás! ¿Te crees que no te he visto?” En seguida volvió a meter la cabeza del muerto, introduciéndole ya el cuerpo hasta la cintura. “¡Es hora!”, dijo el rico, y le tiró un balazo, dando por supuesto en el blanco, y el tonto dejó caer el cuerpo pesadamente. Entonces el rico apagó la luz, salió, alzó el cuerpo y, para que nadie supiese, se fué solo a enterrarlo al fondo de la huerta. Mientras tanto, el tonto se había colado dentro de la pieza y se quedó acurrucado hasta que el rico se alejó; y luego se encaminó a la pieza donde dormía la esposa del rico y le dijo:



“Vieja, dame la sábana: *mirá* que he muerto al tonto y la quiero para envolverle el cuerpo”. Esta inmediatamente se la dió; en seguida el tonto se fué a la pieza y echó en la sábana la ropa y el reloj; ató todo bien, saltó por la ventana y tranquilamente se fué a su casa.

Terminó por fin el rico de enterrar al muerto y se vino a descansar de las fatigas antes de que su esposa despertara. De repente notó que las colchas le molestaban con su aspereza; le preguntó a su mujer que por qué la cama estaba sin sábanas, y ella le dice: “¿No me la pediste recién para envolver el cuerpo del tonto que lo habías muerto?”

En cuanto amaneció, se fué el rico a casa del tonto y le dijo:

—Me has robado el chanco, el pan, el caballo ensillado, mi ropa y mis alhajas, hasta las sábanas de mi cama; ahora, tonto, *mandate* a cambiar adonde jamás sepa de vos, porque de lo contrario te mando cortar la cabeza.

—Bien, señor mañana me iré.

Efectivamente, se alejó, despidiéndose cariñosamente de su madre.

Por ahí divisó un árbol; hacia él dirigió sus pasos y vió que un hombre estaba encaramado robando de un nido los huevos de un águila. El tonto subióse también al árbol y se puso tras del hombre sin que éste lo sintiera. El hombre robaba los huevos del nido y los echaba al bolsillo, y el tonto se los sacaba del bolsillo y se los echaba a los de él. Cuando terminó el hombre de robar los huevos al águila, el tonto se los había sacado a todos también, y muy sereno estaba ya en tierra; cuando se bajó el ladrón, que era nada menos que el famoso Tapia, se encontró de manos a boca con el tonto, el cual le dijo: “¿Qué hacía Ud.?” Tapia le contestó: “Estaba robando los huevos de un águila”. “¿A verlos?”, le dijo el tonto. Tapia metió las manos al bolsillo y se encontró con que nada tenía. “Bueno”, le dijo el tonto, “mientras Ud. se los robaba al águila, yo se los robaba a Ud., y aquí los tiene”. Entonces le dijo Tapia: “Tan fino es Ud. como yo para robar, y desde ahora seremos compañeros inseparables”.

Juntos habían seguido camino los dos, hasta llegar a una ciudad donde el rey era riquísimo y hacía cuidar sus tesoros por un hombre a quienes todos conocían por *El ladrón ciego*. Tapia y el tonto dispusieron robar al rey, y convinieron en que una noche entraría uno y otra noche otro, y así sucesivamente, hasta que hubiesen robado bastante y luego repartirse el robo. El primero que entró fué el tonto, y robó bastante, tanto que al otro día el rey notó la pérdida, y dirigiéndose al ladrón ciego le dijo que habían robado. “Lléveme”, dijo el ladrón ciego, “adonde han cometido el robo”. El rey lo llevó, y entonces el ladrón ciego dijo que el que había robado era muy práctico; pero que iba a agarrarlo; y luego agregó: “¡Quién vista tuviera, que con él me anduviera!”

A la noche siguiente le tocaba robar a Tapia. Se fueron los dos, pero Tapia tenía que entrar; en cuanto abrió la puerta, sintió que se hundía, y por más esfuerzos que hacía, no podía salir; el tonto lo tiraba con todas sus fuerzas, pero era en vano, pues el ladrón ciego le había preparado una buena celada: había mandado hacer un pozo a la entrada de la pieza que guardaba los tesoros y lo habían llenado con cola. Desesperado el tonto al no poderlo sacar a Tapia, agarró el cuchillo y le cortó la cabeza.

Al día siguiente, se levantó el rey muy temprano y encontró el cuerpo del hombre sin cabeza y, llamándolo al ladrón ciego, le contó lo ocurrido.

—¡Ah! —dijo el ladrón ciego—. Son dos, y para no ser descubierto le cortó la cabeza a éste.

—Y ¿cómo haremos para encontrar el compañero? —le dijo el rey.

—Tomen el cadáver, *echenlo* a un carro y *paseenlo* por las calles, y en donde lloren, ahí está el ladrón.

Hicieron lo que el ladrón ciego mandó y, efectivamente, al pasar por una casa las mujeres se pusieron a llorar. Se bajaron inmediatamente los guardias para prender al ladrón, cuando les salió al encuentro el mismo tonto, que se había dado un tajo en la mano y le corría la sangre. “Estas mujeres”, dijo “lloran porque me he hecho este tajo en la mano”. Los guardias encontraron cierta la versión y siguieron viaje; anduvieron todo el día y ninguna novedad ocurrió. Cuando llegaron al palacio, contaron que solamente en una casa habían llorado; pero era porque un hombre se había hecho un tajo.

—¡Ah! —dijo el ladrón ciego—, ese hombre que se ha hecho el tajo, ése es el compañero.

—Y ahora, ladrón ciego, ¿qué hacemos para prenderlo? —le dijo el rey.

—Haga reunir a todos los hombres en la plaza, y al primero que cabecee, le pela la corona, que ése es el ladrón.

Así se hizo, y a todos los hombres los hicieron concurrir a la plaza; el tonto, como es muy lógico, también estaba ahí, y como que hacía varias noches que no dormía, estaba pasado de sueño y fué el primero en cabecear, e inmediatamente le pelaron la corona. El tonto, al sentir que le pelaban la corona, se despertó, sacó del bolsillo unas tijeras y se largó pelando la corona a todos los que encontró a mano y luego quedóse tranquilo. Al amanecer fueron a revisar los hombres y se encontraron con que casi todos tenían la corona pelada.

—¡Ah! —dijo el ladrón ciego, cuando le comunicaron lo sucedido—. Es astuto el hombre. ¡Quién vista tuviera, que con él me anduviera! —suspiró tristemente—. Ese hombre que cabeceó primero, ése era el ladrón.

—Bueno, —dijo el rey—, y ahora ¿qué hacemos?

—Lleven al muerto a velarlo en público, y el hombre que vaya y rece junto al cadáver, ése es el ladrón.

El rey se dispuso también a asistir, para así ver si podían tomar preso al ladrón. Se hicieron los preparativos, llevaron el cadáver al campo, se convidó a todos los vecinos y se encendieron grandes fogatas para alumbrarse y calentarse, porque hacía mucho frío. El rey también estaba ahí. En esto llegó un padre franciscano, se acercó al muerto, rezó unas cuantas oraciones y luego se sentó cerca del rey y conversaron un rato; en seguida se alejó y volvió con unos palos largos; se sentó él y luego invitó al rey para que estuviera más cómodo, y cuando todos estaban distraídos, el padre franciscano (que era el tonto, de lo cual nadie se había dado cuenta) sacó un tizón y prendió fuego a los palos, los cuales reventaron como cañonazos, porque él los había preparado al efecto con materias explosivas. El rey y todos los concurrentes estaban muy asustados no sabiendo qué era esto, cuando oyeron una voz que gritaba: “¡Perdóneme, mi rey, y todo se aca-

bará! ¡Perdóneme, mi rey!" El rey dijo: "Estás perdonado, hijo". Inmediatamente cesó todo. El tonto se presentó ante el monarca y, como palabra de rey no puede faltar, el joven fué perdonado; pero cambió completamente de vida y se hizo bueno por la bondad del rey, viviendo feliz hasta su muerte.

*Enviado por la maestra, Srta. Rosa Antonia Olivetto,  
Escuela N° 131. Jarilla, San Luis.*



ESTA ENTREGA SEGUNDA DEL AÑO PRIMERO DE  
LA REVISTA DEL INSTITUTO NACIONAL DE LA  
TRADICIÓN, DE LA CUAL SE TIRARON  
1.500 EJEMPLARES, ACABÓSE DE  
IMPRIMIR EN LOS TALLERES  
GRÁFICOS DE ALEA S. A.  
C. I. EL 26 DE  
DICIEMBRE DE  
1949

